

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

"Murder Films, S.A."

adam surray



SS

SERVICIO SECRETO



ADAM SURRAY

“MURDER FILMS, S.A”

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.357

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 27.333 - 1976
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1976

© Adam Surray - 1976
Texto

© Miguel García - 1976
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1976

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.337 - Brigada 77.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

878 - El último de los McClure.

En Colección **KANSAS:**

769 - Los vividores.

En Colección **PUNTO ROJO:**

734 - Prohibido asesinar: Coto privado.

En Colección **COLORADO:**

829 - Un caballo, un «Colt» y una mujer.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**

169 - Al sur de río Grande.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

283 - Venganza se escribe con sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

El Sydown Hotel no era el mejor establecimiento de Miami. Tampoco el peor. En los boletines de información del turismo se le clasificaba como «moderado». Todas sus habitaciones contaban con baño, aire acondicionado, teléfono y con una paradisíaca vista de la playa.

Restaurante, *grill*, piscina, *night-club*, pista de tenis y varios salones sociales eran los principales servicios ofrecidos por el Sydown Hotel.

Un edificio de ocho plantas.

Perdido entre los cientos de hoteles, moteles y *efficiency apartments* que se agrupaban en interminable cadena a lo largo de la playa. Paralelamente a la tropical y fastuosa Miami Beach.

Para Thomas Jackson, director del Sydown Hotel, aquél era un día muy especial.

—¿Dónde está Wiseman? ¡Maldita sea! ¡Buscarme a Wiseman! ¡Antes de cinco minutos le quiero en mi despacho!

—Tranquilícese, señor Jackson.

El director del Sydown Hotel enrojeció fijando su mirada en James Hartley. Su recepcionista-jefe. Un individuo de untuosa sonrisa y ademanes serviles.

—¿Cómo ha dicho, Hartley?

—Está nervioso, señor Jackson. Todo saldrá bien. Aún faltan un par de horas para la llegada de...

—¡Yo no estoy nervioso! —gritó Thomas Jackson golpeando con el puño el mostrador de recepción.

La campanilla de llamada cayó al suelo.

A su sonido acudió un tropel de uniformados botones que se alinearon en posición de firmes. Militarmente. Con la mirada fija en un indefinido punto. Rígidos como estatuas.

Thomas Jackson enrojeció aún más mientras que, por el

contrario, el recepcionista-jefe palidecía como un cadáver.

—Wiseman en mi despacho antes de cinco minutos, ¿de acuerdo?

—Sí... sí, señor Jackson.

James Hartley extrajo del bolsillo superior de su inmaculada chaqueta un pañuelo. Barrió las diminutas gotas de sudor que habían florecido súbitas en su frente.

Contempló uno a uno a los inmóviles botones.

Centró su atención en uno de ellos.

Un muchacho de unos dieciséis años de edad. Pelo rojizo. Rostro salpicado de pecas y adornado con descomunales orejas que parecían querer planear. Sus ojos eran azules, saltones y vivaces.

—Freddy...

El joven se situó frente al mostrador de recepción en dos zancadas.

Continuó con la mirada perdida en un lejano punto. Esquivando los inquisitivos ojos de Hartley.

—¿Dónde está el señor Wiseman?

—Lo ignoro, señor.

James Hartley sonrió, aunque no era su habitual mueca untuosa.

—Correcto, Freddy. Ve a buscarle y que se presente de inmediato en el despacho del señor director.

Freddy entreabrió los labios.

Ahora sí fijó su mirada en el rostro de Hartley. Y lo que vio le hizo enmudecer.

Giró para encaminarse hacia uno de los elevadores. Al introducirse en la cabina pulsó el mando correspondiente a la quinta planta.

Tropezó al salir.

Con un individuo desmesuradamente alto. De rostro alargado y nariz aguileña. Piel de fuerte bronceado. Rojizo color terroso. No proporcionado por el sol de las playas de Florida. Se cubría con un ancho sombrero de copa aplastada.

—¡Mil rayos!... ¿Quién...? ¡Freddy! Precisamente iba en tu busca.

El empujón había introducido de nuevo al muchacho en la cabina.

Salió sonriente.

—Buenos días, señor Keaton. No es muy madrugador, ¿eh?

—¿Dónde está, Freddy? ¿Dónde?

—¿Quién?

—Ella... ¡La potranca que me proporcionaste ayer!

Freddy arrugó instintivamente la nariz.

Chasqueó la lengua moviendo de un lado a otro la cabeza.

—La potranca... la potranca... ¡Por favor, señor Keaton! Está hablando de una dama. Cheryl Frank si no recuerdo mal. Una joven de honorable familia bostoniana.

John Keaton se despojó del sombrero.

Inclinó la cabeza avergonzado.

—Soy un patán... En Dook Hill, Texas, no estamos acostumbrados a tratar con damas. Ella... Cheryl... es maravillosa. Quiero verla de nuevo, Freddy.

—¿Por qué no se lo dijo?

—¡Se largó sin despedirse!

Freddy sonrió.

Con suficiencia.

—Okay. Esta noche le presentaré a Karla. Más ondulante que una serpiente de cascabel. Trabaja en...

—Cheryl. Quiero a Cheryl.

El rojizo rostro del tejano se había encendido aún más. Pareció acariciar un bulto que sobresalía de la chaqueta. En su axila izquierda.

Freddy tragó saliva.

Aquel vaquero era capaz de llevar oculto un «Colt» del cuarenta y cinco.

—Cheryl, ¿eh? Correcto, señor Keaton. La localizaré. No se preocupe.

—Eres tú quien debe preocuparse si no lo haces, Freddy. Adiós.

El muchacho respiró con fuerza al ver cerrarse la puerta del elevador llevándose consigo al rudo individuo.

De nuevo chasqueó la lengua al avanzar por el corredor.

Freddy era aún muy joven; pero si decidiera ya escribir sus memorias serían un auténtico *best-seller*.

Presionó el llamador de la puerta señalizada con el número 506.

Dejó transcurrir unos segundos.

Un minuto.

Volvió a pulsar el timbre.

La hoja de madera se entreabrió.

Asomó el rostro de un individuo joven. De unos treinta años de edad. Pelo negro. Frente despejada. Ojos de un gris muy suave. Nariz perfilada. Labios de firme y delgado trazo.

—¿Sirvo el desayuno a los señores? —inquirió Freddy con un sarcasmo casi palpable.

La puerta terminó de abrirse.

El individuo lucía un jersey cuello cisne en acrílico color hueso y pantalón oscuro. En su diestra una chaqueta *sport* en tejido de alpaca.

—Freddy... juré que algún día te hincharía un ojo, ¿verdad? Pues ha llegado el gran momento.

Freddy no se inmutó.

—¿Antes o después de hablar con «Foca» Jackson?

—¿Quiere verme?

—Seguro. ¿Ha olvidado qué día es hoy? Ya falta poco para la llegada del equipo de la Sorkin Films junto con su fabulosa *star* Peggy Jane. La única, la incomparable, la sensual...

Ralph Wiseman cerró la puerta bruscamente.

A escasas pulgadas de la nariz de Freddy.

Reapareció a los pocos segundos ajustándose la deportiva chaqueta.

—... La tentadora, la apasionada...

—Cierra ya el pico, Freddy. —Wiseman avanzó por el pasillo hacia el primero de los elevadores—. ¿Qué le has dicho al director?

—Pues que Jennifer Curtis, la millonaria de la *suite* 506, había requerido los servicios del detective del hotel. La señora Curtis, mientras se duchaba, descubrió con asombro la desaparición de una peca de su escultural cuerpo. Ralph Wiseman se hizo cargo del caso de inmediato.

—Eres un bastardo, Freddy.

Penetraron en el primero de los elevadores que acudió a la llamada.

Se inició el descenso.

—¿Cómo lo sabe?

Ralph Wiseman entornó los ojos.

Fijos en el sonriente rostro de Freddy.

—Muchacho, eres desconcertante. No conozco a nadie como tú. Si alguien no te retuerce el pescuezo, llegarás lejos. Muy lejos. Eres de lo mejorcito de la juventud actual. El futuro está garantizado.

—Muchas gracias, Wiseman. Los elogios, al llegar del más inteligente y laureado de los detectives, adquieren doble valor.

Wiseman sonrió.

Correspondiendo a la ironía.

—Tampoco tú lo haces mal. ¿Botones? Mereces algo mejor. Hablaré de ello con Jackson. Ahora mismo. Le comentaré tus anhelos por servir a los clientes. En todo tipo de... peticiones.

Freddy agrandó sus saltones ojos.

Perdiendo su característica suficiencia.

—Oiga, Wiseman, yo no...

Ralph Wiseman ya había abandonado la cabina del elevador.

Dejando tras de sí a un Freddy visiblemente preocupado.

Las oficinas del Sydow Hotel se hallaban en la planta baja. Allí trabajaba el personal administrativo. Contabilidad, facturación, correspondencia, agencias, fichero de clientes... Una veintena de chupatintas de ambos sexos permanecían inclinados sobre sus respectivas mesas de trabajo.

Allí estaba también la jaula de Thomas Jackson.

Ralph Wiseman golpeó con suavidad la puerta semi vidriera. Sin esperar autorización hizo girar el pomo empujando la hoja.

Jackson estaba tras su mesa escritorio.

En un espacioso despacho de lujoso mobiliario.

—¿Me buscaba, señor Jackson?

Thomas Jackson alzó su semi calva cabeza. Resopló como queriendo apartar el caído bigote que ocultaba el labio superior.

Sí.

«Foca» Jackson.

Muy apropiado.

—¿Qué ocurre con usted, Wiseman? ¿Quiere que le despida?

El detective del hotel se había dejado caer sobre el sillón situado frente a la mesa.

Procedió a encender un cigarrillo.

Con indolencia.

—¿Desear yo el despido? ¡Oh, no!... Jamás había estado mejor que ahora.

—De eso estoy convencido. ¿Cuánto tiempo lleva con nosotros, Wiseman?

—Se puede decir que acabo de llegar.

—Catorce días, Wiseman. Dos semanas. Sé que no le gusta este tipo de trabajo; pero al menos debería mostrar un mínimo de interés. Comprendo que para un investigador privado de su categoría el permanecer como detective de hotel resulta aburrido.

—Procuro distraerme, señor.

—Sí... Eso tengo entendido —dijo Jackson recalcando las palabras—. Se ausenta con demasiada frecuencia del hotel, Wiseman. Ayer le rogué que estuviera presente a la llegada del equipo de la Sorkin Films. Quiero que sea cumplimentado por todo el alto personal del Sydow Hotel. Han tenido que ir a buscarle, Wiseman.

—Estaba en el hotel. La señora Curtis me comunicó la desaparición de un valioso collar. Iba a denunciar el caso a la policía.

Thomas Jackson se incorporó.

Con la rapidez del rayo.

—¿Avisar a la policía? No quiero que...

—Ya lo he solucionado, señor Jackson —sonrió Wiseman con falsa modestia—. El collar apareció. Todo fue una falsa alarma. La señora Curtis me rogó le transmitiera su felicitación por el esmerado servicio del hotel.

Aquellas últimas palabras tuvieron la virtud de transfigurar el rostro de Jackson.

Sonrió complacido.

—La señora Curtis... Una bella mujer, aunque la desgracia se ha cebado en ella. Recientemente quedó viuda. Su marido, de la Curtis Oil, falleció de infarto. En plena luna de miel. Legó todo a su joven y bella esposa.

—Sí... Una verdadera desgracia. El señor Curtis apenas había cumplido los setenta años.

—¡Es ley de vida! —suspiró Jackson ignorando la ironía de su interlocutor—. Apuesto a que la señora Curtis, una vez recuperada de su dolor, volverá a contraer matrimonio. Ella todavía es joven.

—Veintiocho años.

—Bien... Volvamos a nuestros asuntos, Wiseman. El que la

Sorkin Films haya seleccionado nuestro hotel para su estancia en Miami es un gran triunfo. Máxime teniendo en cuenta la elevada categoría de nuestros competidores. Robert Hayden, relaciones públicas de Sorkin Films, incluso dejó entrever la posibilidad de que la segunda parte de *The Siren* se rueda en Miami. ¡En el Sydow Hotel! ¿Se percata de la enorme publicidad que eso significaría?

—Fabulosa.

—Correcto, Wiseman. De ahí mi deseo de agasajar a los componentes de la Sorkin Films. Quiero que su estancia entre nosotros sea grata. Serán tratados, cada uno de ellos, como el más ilustre VXP.

Ralph Wiseman exhaló una bocanada de humo.

—¿Cuándo empieza el cepillado?

El director del Sydow Hotel enrojeció.

Furioso.

—¡Maldita sea, Wiseman! ¡Me tiene harto con sus insolencias! ¿Quién se cree que es? ¿Sherlock Holmes? En Nueva York le retiraron la licencia, conflictos con la Metropolitan *Police* de Chicago, prohibición de ejercer como detective en California... Ahora está en Florida. Trabajando en el Sydow Hotel. Sin asesinatos, robos espectaculares, secuestros ni demás negocios sucios que investigar. Aquí es un vulgar detective de hotel. Puede hacerse a la idea o dejar el puesto. ¿De acuerdo?

Wiseman arrojó el cigarro al suelo.

Sobre la moqueta.

Ignorando deliberadamente el descomunal cenicero de cristal existente sobre la mesa.

—Usted lo ha dicho, Jackson. Soy el detective del hotel. Con la única y exclusiva misión de solucionar casos delictivos originados en el Sydow Hotel. El hacer reverencias a los clientes no figura en la minuta.

—¡Sólo quiero presentar al personal cualificado! ¡Nada más! Y usted, como detective del Sydow Hotel, estará allí.

Wiseman inspiró con fuerza.

—Muy bien, señor «Foc...», señor Jackson. ¿Hay que llevar *smoking*?

Thomas Jackson pareció próximo a un ataque de apoplejía.

Cuando se disponía a replicar airadamente sonó uno de los

timbres del interfono.

Accionó la palanca correspondiente.

—¿Qué ocurre?

El grito de Jackson hizo enmudecer unos instantes al comunicante. La voz llegó semi audible por el diminuto altavoz.

—Señor Jackson... Logan ha telefoneado desde el aeropuerto. Los miembros de la Sorkin Films ya están en camino.

El director del hotel salió del despacho como una exhalación.

Vociferando órdenes a diestro y siniestro.

Ralph Wiseman le siguió con lento y cansino paso.

Sí.

Aquello no era para él.

Estaba acostumbrado a husmear en los estercoleros de Manhattan. En las altas y bajas esferas de Chicago. A investigar en el tenebroso crimen organizado de California...

Y ahora se había convertido en un vulgar cazador de «ratas» de hotel.

Aunque pronto, y muy a pesar suyo, se iba a ver envuelto en una desenfrenada orgía de sangre.

La Muerte acudía al Sydow Hotel de Miami.

Y no precisamente de vacaciones.

CAPÍTULO II

El grupo llegó encabezado por el propio Stuart Sorkin. El fundador de la Sorkin Films. Productora cinematográfica con sede en Los Ángeles. Veterana. Milagrosamente a flote después de los altibajos padecidos en Hollywood.

Stuart Sorkin supo capear el temporal.

Durante la época de crisis se limitó a producir filmes de poco presupuesto. Serie B. Descaradamente comerciales y de nulo valor artístico. Cuando el éxito de *Love Story* contribuyó con su *Blue Sky*. Un filme romántico, cursi y lacrimógeno que proporcionó amplios beneficios.

En la década de los 70, en plena efervescencia de las películas denominadas de «catástrofes», Stuart Sorkin se sumó a la avalancha. Ya conocidos los terremotos, incendios en rascacielos, tiburones voraces y demás sucedáneos, se decidió por narrar en imágenes un fenómeno de transmutación. Las arañas, en terrorífica metamorfosis, aumentaban de tamaño llegando a adueñarse del planeta tras devorar a todos sus habitantes. El filme, aparte de repulsivo, resultó muy taquillero.

Ahora estaban en auge las películas porno. Supereróticas. Producciones que, con la falsa excusa de presentar un tema profundo y con problemas psíquicos, representaban en pantalla toda una galería de personajes depravados en escenas aún más denigrantes.

Sí.

Aquella era la moda.

Y para ese tipo de filmes se necesitaban actores de relieve.

La Sorkin Films había conseguido lanzar a la fama a Peggy Jane Lewis.

Peggy Jane.

Veintidós años de edad. Pelo de un intenso color negro.

Enmarcando su sensual rostro. Ojos rasgados y de volcánica mirada. Nariz pequeña. Pómulos salientes. Boca grande, de labios extremadamente carnosos, gordezuelos, húmedos, devoradores...

La Naturaleza, en el día del nacimiento de Peggy Jane, pareció dedicarse exclusivamente a ella.

La dotó con generosidad.

Sus senos, aun siendo demasiado opulentos, se mantenían erguidos y desafiantes. La cintura en armonioso contraste con la redondez de caderas. Las piernas de esbeltos y largos muslos...

Su voz, la mirada, el andar, cualquier gesto, el menor de sus movimientos era acompañado por un halo de innata voluptuosidad. Aun sin proponérselo resultaba marcadamente sensual, provocativa y tentadora.

Su primer filme para la Sorkin, *The Siren*, la convirtió en la más famosa *star* de Hollywood.

Stuart Sorkin, siguiendo también la moda, proyectaba una segunda parte de *The Siren*. Miami podía ser el lugar seleccionado para el rodaje.

—No me gusta.

Stuart Sorkin entornó los ojos.

Semi ocultos por caídos párpados y bordeados por gruesas bolsas de carne. Rostros surcados por prematuras arrugas. Pronto alcanzaría los sesenta años de edad. Su aparente vitalidad era desmentida por el apagado brillo de sus cansinos ojos.

—¿Qué ocurre ahora, Peggy? ¿Qué te desagrada?

Peggy Jane giró dando la espalda al espacioso balcón de la *suite*.

Lucía una larga bata gran fantasía en gasa de nylon.

Fue como una pantalla de rayos X; pero sin mostrar el esqueleto. Al trasluz del ventanal se delineó el escultural cuerpo de la muchacha.

—¡El hotel! ¡No me gusta el hotel! ¡El peor de Miami Beach supera al Sydow Hotel! ¿Por qué hemos elegido éste?

—Ya hemos hablado de ello, Peggy. Creí que todo estaba claro.

—¡Ignoraba la categoría de este basurero!

Stuart Sorkin ahogó un suspiro.

—Se hará lo que diga Merrick. Él es el director de la película y seleccionará...

—¡Me niego a rodar aquí!

—Oye, Peggy... Nos hemos desplazado hasta Miami para estudiar juntos el terreno. Nada es aún seguro. Merrick y yo tenemos todavía muchos puntos por concretar. Incluso puede ser alterado parte del guion. Todo está en manos de Sydney Merrick.

Peggy Jane rió en despectiva carcajada.

—¿De veras? ¿Qué hago entonces aquí? ¡Pude quedarme en California!

—Por supuesto. Al igual que yo. Pero ocurre que los mercados del Este no han recibido con mucho entusiasmo *The Siren*. En especial el estado de Florida. Aquí se han registrado las taquillas más bajas. Tu presencia te aproximará al público. Ya hay programadas varias ruedas de Prensa y reportajes con revistas especializadas. Yo hablaré con las distribuidoras locales para que la segunda parte de *The Siren* tenga una mejor aceptación.

—Creí que ése era trabajo de Robert Hayden y sus expertos en publicidad.

—Algunas cosas es preferible hacerlas personalmente, Peggy. Máxime teniendo un antecedente negativo.

—Bien. Me someteré a ruedas de Prensa, entrevistas y reportajes; pero espero que el Sydow Hotel no sea el lugar elegido para...

—¡Ya basta, maldita sea! —exclamó súbitamente el individuo que permaneció silencioso en un sillón de la estancia—. ¿Por qué lo consientes, tío? ¿Quién diablos es ella para imponer condiciones? ¡Tiene un contrato en exclusiva con la Sorkin Films y debe limitarse a cumplirlo!

—Richard, por favor...

Richard Sorkin hizo caso omiso al ruego de su tío.

Se incorporó avanzando hacia la estupefacta Peggy Jane.

—¡La gran Peggy Jane! Te crees Elizabeth Taylor en *Cleopatra*, ¿verdad? Imponiendo condiciones. Ocurre que tú eres una pésima actriz, Peggy. Un robot actuaría en escena con mayor naturalidad. Nosotros conocemos tus... cualidades. En verdad destacan poderosamente. Saltan a la vista. ¡Pero como actriz eres una nulidad!

—¡Soy una *star*! —replicó Peggy Jane recuperada de su sorpresa—. ¡Designada como la actriz más popular del año! Mi público...

—¡Al diablo con tu público! Eres famosa merced a los miles de

dólares que la Sorkin Films gastó en tu lanzamiento. ¿Qué hacías antes de ser contratada para *The Siren*? ¡Eras una vulgar *starlett* que deambulaba por Los Ángeles prodigando favores a productores mediocres!

Peggy Jane, roja de ira, le propinó una sonora bofetada.

De doble efecto.

Con reembolso.

Richard Sorkin, tras recibir en su mejilla izquierda el impacto de los cinco dedos femeninos, correspondió al instante de igual forma; aunque con un mayor efecto.

La violencia del trallazo hizo retroceder a Peggy Jane hasta tropezar en el borde del lecho.

Cayó sobre él.

Aparatosa y espectacularmente.

La sucinta bata se entreabrió ofreciendo una turbadora escena digna de ser filmada.

La muchacha rompió en ahogados sollozos.

—¿Te has vuelto loco, Richard? —inquirió perplejo Stuart Sorkin—. ¿Cómo has podido...?

Richard Sorkin no esquivó la dura mirada de su tío.

No parecía lamentar su reproable acción.

Era demasiado joven e impulsivo.

Frisaba en los veinticinco años de edad. Rostro atractivo. De aniñadas facciones. Vestía un deportivo y a la vez elegante traje de tejido «knickerbock» gris.

Giró para, a grandes zancadas, abandonar la *suite*.

Stuart Sorkin quedó unos instantes en el centro de la estancia.

Aturdido.

Sin reaccionar ante los histéricos sollozos de la muchacha.

—Debes disculparle, Peggy... Richard está nervioso. Vamos a jugar fuerte, pequeña. La Sorkin Films gastará hasta su último centavo en la segunda parte de *The Siren*. Será una gran superproducción. Batiremos todos los récords de taquilla. Pero para conseguir el éxito deseado es precisa la colaboración de todos. ¿Comprendes?

Peggy Jane asintió alzando su lloroso rostro.

La bofetada de Richard Sorkin había proporcionado a su mejilla izquierda un tono natural que contrastaba con el maquillaje de la

derecha.

—Sí, Stuart... Me he comportado como una estúpida.

—Olvidemos el penoso incidente. Ahora descansa un poco. Para esta noche he programado tu primera entrevista con la Prensa. Pasaré a recogerte.

—Stuart...

Sorkin, ya junto a la puerta de la habitación, se detuvo.

—¿Sí?

—Lo que ha dicho Richard... ¿es cierto? ¿No soy una actriz?

Stuart Sorkin fijó sus ojos en la mujer.

Allí, sobre el lecho, con la bata deslizada por sus desnudos hombros y dejando ver el nacimiento de los opulentos senos; con el turbador espectáculo de sus mórbidos muslos de bronceada piel, con aquel sensual mohín en sus gordezuelos labios...

—Mi sobrino es idiota, Peggy.

Aunque Stuart Sorkin no había respondido a la pregunta formulada, sus palabras hicieron sonreír a Peggy Jane.

Sí.

Era una *star*.

Desgraciadamente pronto se convertiría en un frío, inerte y sombrío cadáver.

CAPÍTULO III

La rueda de Prensa se celebró en uno de los salones sociales del Sydow Hotel.

Junto a Peggy Jane se hallaban Stuart Sorkin, su sobrino Richard, el director cinematográfico Sydney Merrick y Robert Hayden. Este último jefe del departamento de publicidad y relaciones públicas de la Sorkin Films.

Una veintena de periodistas, todos ellos especializados en el mundo del espectáculo, acosaban con sus preguntas a Peggy Jane.

Sin cesar de funcionar sus *flashes*.

Desde todos los ángulos.

Sí.

Se podía enfocar a Peggy Jane desde cualquier punto. El resultado siempre sería de impacto. Máxime con aquel vestido. Extremadamente audaz. Un modelo de noche. Con escote en «V» hasta, la cintura. En gasa negra. Un seductor velo que, sin ocultar, resaltaba la perfección de los prominentes senos femeninos.

—¿Qué opina de la pornografía?

Peggy Jane hizo un delicioso mohín con los labios.

El periodista que formuló la pregunta, por un instante, imaginó que era besado por aquellos carnosos labios.

—Me repugna. Es degradante. Jamás realizaría un filme porno. Algunos han creído ver en *The Siren* una película pornográfica. Están equivocados... o ignoran realmente lo que es la pornografía. *The Siren* es una obra maestra del Séptimo Arte. Y el arte jamás puede ser pornográfico.

Ralph Wiseman se encontraba algo alejado del lugar donde se realizaba la rueda de Prensa; pero las voces le llegaban audibles. Estaba acomodado en uno de los taburetes del pequeño bar del salón social.

Escuchó una burlona risa a su espalda.

—Muy original...

Wiseman giró en el asiento.

A su lado un individuo de casposo cabello que mordisqueaba un cigarro apagado. Su diestra hacía bailar el hielo introducido en el vaso de *whisky*.

Sonrió a Wiseman.

—¿No lo encuentra original, amigo? ¡El arte no es pornografía! Muy buena frase.

—¿Está equivocada? —interrogó Wiseman.

El hombre desorbitó los ojos.

Asombrado de la pregunta.

—¿Vio la película? Me refiero a *The Siren*.

—No. Prefiero las carreras de caballos.

—También yo —rió el individuo—; pero mi trabajo me obliga a visionar todas cuantas películas se estrenan en Miami. Soy Jack Mitchell, del semanario *Black Screen*. Tengo fama de ser el crítico cinematográfico más estúpido de Estados Unidos. Tuve que emigrar de Hollywood. Fue a raíz del éxito de *Jaws*. En mi crónica afirmé que el tiburón tenía que devorar a los miles de espectadores que guardaban turno como borregos para, presenciar semejante bodrio. Ello, unido a que jamás doré la píldora a directores, productores y *stars*, me cerró las puertas. *Black Screen* es una publicación independiente. Una de las pocas que existen.

—¿Cuál fue su crónica de *The Siren*?

—Se la puedo resumir en pocas palabras: «Un filme para vomitar».

Ralp Wiseman sonrió.

La agradaba la sinceridad del individuo.

—¿Y su opinión de Peggy Jane?

—Un monstruo. Sí, amigo. Pero no un monstruo devorador, sino para ser devorado. Dudo que en el Olimpo existan criaturas más perfectas. Más seductoras. Emana sensualidad por todos sus poros. Su *sex-appeal* es algo diabólico. Desgraciadamente la Sorkin Films la ha convertido en un muñeco de exhibición. En un fenómeno anatómico. Al igual que ocurrió con la malograda Jayne Mansfield. ¿La recuerda, amigo? Pobre Jayne... Al principio aceptó ser lanzada y explotada por su atractivo físico. La «rubia atómica»... la «muñeca *sexy*»... Quiso hacer algo digno en el cine. Demostrar también que

podía ser una buena actriz. La muerte llegó antes. Decapitada en un trágico accidente automovilístico. Espero que Peggy Jane sepa reaccionar a tiempo.

Ralph Wiseman hizo una seña para que llenaran de nuevo los vasos.

—Suponía que Peggy Jane era una buena actriz.

—No, amigo. Es una *star* prefabricada. Antes del *première* de *The Siren*, la Sorkin Films realizó una gigantesca campaña publicitaria. Peggy Jane apareció en las hojas desplegadas del *Play-boy*, *Penthouse*, *Oui*, *Cavalier* y en el inglés *The Erotic Woman*.

—Sus compañeros, no parecen opinar así.

Jack Mitchell rió en estridente carcajada.

—Usted no pertenece al mundo del espectáculo, ¿verdad, amigo? Todos los que están ahí reunidos en esa estúpida rueda de Prensa podrían haberla realizado desde sus respectivas mesas de redacción. Las preguntas y respuestas son siempre las mismas. No se entrevista a una conflictiva Jane Fonda ni a un cáustico Orson Welles. Peggy Jane y el director Sydney Merrick son manipulados por la Sorkin Films. Se preguntará qué hacemos aquí, ¿no? Muy sencillo, amigo. La única y verdadera respuesta está en la sala contigua. Al terminar la rueda de Prensa se nos ha prometido un copioso *lunch*.

Y aquí estamos todos. Por cierto... Creo que ya ha llegado el gran momento. Disculpe.

El interrogatorio a Peggy Jane y sus acompañantes parecía haber concluido.

Ralph Wiseman contempló risueño cómo el periodista de la *Black Screen* se unía al grupo que se encaminaba hacia la sala contigua.

Llegó uno de los botones del hotel.

Se detuvo frente al detective.

—Señor Wiseman... El director quiere verle en su despacho.

—*Okay*.

—Es muy urgente.

Ralph Wiseman, con una resignada mueca, descendió del taburete.

Mientras se encaminaba hacia el despacho de Thomas Jackson manipuló en su cajetilla de «Rothmams» en busca de un cigarrillo.

Con el emboquillado en los labios penetró en la estancia.

Thomas Jackson estaba tras su mesa escritorio. A poca distancia se encontraba James Hartley.

Ambos con una palidez de facciones casi cadavérica.

Ralph Wiseman intuyó que algo grave ocurría.

Apartó el cigarrillo de los labios.

—Acabo de telefonar a la policía, Wiseman —dijo Jackson con voz apenas audible.

—¿La policía? ¿Por qué?

La voz de Thomas Jackson se convirtió en susurro.

—Se ha descubierto el cadáver de una mujer. En la bañera de la habitación 512. La han degollado, Wiseman.

Cheryl Frank abandonó la cabina del elevador.

Se hallaba en la quinta planta.

No dudó en avanzar por el lado izquierdo del largo y enmoquetado corredor. Conocía bien la zona. Pocas habitaciones del Sydow Hotel guardaban secretos pare ella.

Cheryl contaba veinticuatro años de edad.

Su ovalado rostro poseía un extraño encanto. Aun sin ser extraordinariamente bella. Tal vez fuera la sempiterna sonrisa de sus labios. Una sonrisa dulce e incluso tímida.

Sí.

Extraño en una mujer como Cheryl Frank.

¿Cómo diablos reír recibiendo golpes continuamente?

Pero Cheryl era así.

A los trece años de edad vio morir a su madre víctima de la brutal paliza de un borracho. Su padrastro rey de los bastardos de Manhattan, se hizo cargo de ella. Cheryl, con sólo contar trece años, hacía babear a las selectas amistades de su padrastro. Este quiso sacar provecho de la situación.

Creyó que Cheryl, una chiquilla débil e insignificante, sería presa fácil.

Ése fue su error.

La respuesta de Cheryl fue una botella de «Coca Cola», rota por su mitad, en el rostro.

El «rey de los bastardos» de Manhattan perdió un ojo y quedó marcado con unas feas cicatrices que, al afeitarse, le hacían recordar poco cariñosamente a su hijastra.

Cheryl fue internada en un reformatorio.

Un buen lugar.

Allí la... reformaron a conciencia.

La pequeña Cheryl se convirtió en una fría y calculadora mujer. Las enseñanzas recibidas por las internas del reformatorio marcaron su vida. La transformaron. Inculcaron en ella mil procedimientos para conseguir dinero fácil. Ninguno de ellos honrado, por supuesto.

Fue detenida un par de veces por atentados a la moral y buenas costumbres, pero desde que pagaba la cuota de protección al Sindicato del Vicio de Florida todo iba bien.

La dulce Cheryl era ya una mujer sin sentimientos. Aniquilados en un mundo de maldad y carente de amor.

Pero las calamidades padecidas no habían logrado borrar su sonrisa.

Su sonrisa de niña.

Cheryl Frank, con veinticuatro años de edad, ya estaba envejecida. En declive. Poco importaba la esbeltez de su bien formado cuerpo. Su ágil caminar. Su belleza.

Su envejecimiento era interno.

El peor de todos.

Y Cheryl lo sabía. Era consciente de haber iniciado el descenso hacia su profundo pozo sin retomo posible. De tanto pisar el fango se termina hundida en él. Cualquiera día, en cualquier lugar, un individuo... ¿también un borracho? terminaría con ella.

Un final semejante al de su madre.

Cheryl lo sabía.

Y pese a ello mantenía aquella extraña sonrisa en los labios.

Abrió el pequeño bolso de mano.

Su diestra se apoderó de la llave. Una metálica y pesada chapa se unía a ella con un número grabado.

El 512.

Cheryl, frente a la puerta señalizada con igual número, introdujo la llave en la cerradura.

Cerró tras de sí accionando el interruptor de la antesala.

—¡Johnny!... ¡Johnny!...

Arrojó la llave sobre la mesa encaminándose con decidido paso hacia la estancia contigua.

Al abrir la puerta de la *suite*, y por la luz procedente de la antesala, se percató de que la estancia estaba vacía.

Pulsó el interruptor de la habitación.

Sobre uno de los muebles descubrió el vestido.

Un elegante modelo de noche. La caja próxima indicaba que había sido adquirido en una lujosa tienda de Lincoln Road. La zona más afamada de Miami. También se veían unos zapatos.

Contempló la nota dejada por John Keaton.

Muy breve.

«Te espero en Scorpion Club. Cenaremos juntos.

Acepta el vestido, por favor. Quiero que seas la más bella y elegante de las mujeres.

»*Johnny*.

Cheryl sonrió acariciando el vestido blanco confeccionado en punto y con adornos bordados en la cintura.

Decidió que aquélla sería su última cita con John Keaton.

Aquel rudo tejano era muy distinto a los bastardos que frecuentaban las playas de Miami. Demasiado noble en sus actos. También a Cheryl le resultaba simpático.

De ahí que no concertaría una tercera cita.

Cheryl acudió a la sala de baño.

Después de abrir los dos grifos de la bañera retomó al dormitorio.

Se descalzó impulsando los zapatos a considerable distancia.

Deslizó el lateral cierre de su falda. La tela cayó sobre la alfombra. El fino *sweater* fue también al suelo.

Cheryl quedó con dos diminutas piezas en seductor negro.

Llevó las manos a la espalda acentuando así la turgencia de sus senos. Manipuló en el cierre del sujetador.

De pronto quedó rígida.

Inmóvil.

En tensión.

Le pareció oír un agitado respirar amortiguado por el chapotear del agua en la bañera.

Arrojó la pieza superior al suelo.

Al introducir los pulgares bajo el fino *slip* escuchó de nuevo aquel sonido.

Sí.

Ahora estaba segura.

Era un ronco jadear.

Como el de una fiera herida.

Fue entonces cuando se percató de que la antesala estaba en penumbras. Y ella no había apagado aquella luz.

Chasqueó la lengua.

—Johnny... Eso no está nada bien. No es digno de un caballero tejano el espiar a una dama.

No hubo respuesta.

Sólo aquel gutural jadear.

—Permanecerás ahí hasta que termine de vestirme.

Cheryl se disponía a cerrar la puerta que comunicaba con la antesala. No lo logró.

La hoja de madera se abrió con brusquedad golpeando a la muchacha.

La violencia del impacto hizo caer a Cheryl sobre la alfombra que adornaba la estancia.

Quedó aturdida.

Borrosamente vio la sombra que se abalanzaba sobre ella.

Quiso gritar e incorporarse; pero una fría y húmeda mano se posó con fuerza sobre su boca.

Pudo ver el rostro del atacante.

Y el terror se apoderó de Cheryl.

Un individuo de satánicas facciones le sonreía sádicamente. Dejando escapar un hilillo de baba por la comisura de sus labios. Sus ojos... sus ojos eran dos diminutas bolas blancas. Todo el globo de sus ojos en blanco.

«Cualquier día, en cualquier lugar, un borracho...». No.

La muerte de Cheryl Frank iba a ser aún más espeluznante y diabólica.

CAPÍTULO IV

Ya se había ordenado el levantamiento del cadáver.

Iba a ser retirado de la habitación.

Cheryl Frank yacía sobre una móvil camilla. Con él cuerpo aún húmedo. Perlado de diminutas gotas de agua. La cabeza ladeada. Apenas unida al tronco. Seccionada brutalmente su yugular. En el liso vientre un trazo sanguinolento. Una serpenteante línea.

Se cubrió el cadáver con una sábana quedando sujeto a la camilla por unas correas.

Los expertos en dactiloscopia ya habían concluido su trabajo.

—La habitación quedará precintada y custodiada por uno de mis agentes. Thomas Jackson pasaba una y otra vez el pañuelo por su sudoroso rostro.

—Teniente... ¿se dará mucha publicidad? La reputación del Sydow Hotel es esencial para su futuro. El asesinato de una *call-girl* en una de las habitaciones del hotel...

—Cierre la boca, Jackson.

—¿Cómo dice?

Scott Waterson, teniente de Homicidios, era un individuo corpulento. Frisando en los cuarenta años de edad. Rostro anguloso. Taciturno. De un eterno mal humor acentuado por una recalcitrante úlcera de estómago.

Dirigió una fría mirada al director del hotel.

—Me ha oído perfectamente, Jackson. Hablará cuando le pregunte. La reputación del Sydow Hotel me importa un rábano. Sólo me importa cazar al hijo de perra que mató a esta infortunada muchacha. Una mujer, Jackson. ¿Lo ha comprendido?

—Sí... Sí, señor.

Un individuo se aproximó al teniente Waterson murmurándole unas palabras. Conversaron unos minutos.

—¡Eh, Ralph!

Wiseman, que se encontraba examinando la alfombra del dormitorio, acudió a la llamada del teniente.

—Han localizado al tal John Keaton. En el Scorpion Club. Le han llevado al Departamento. ¿Quieres acompañarme?

—Por supuesto, Scott.

El teniente, antes de introducirse en el elevador, cursó algunas órdenes a los agentes que quedaban en la quinta planta.

Descendió junto con Ralph Wiseman.

Se acomodaron en el asiento trasero de un «Pontiac» negro. Al volante uno de los hombres asignados al Departamento de Homicidios.

—¿Sospechas del tejano, Scott?

—No me gusta precipitarme, Ralph. Se han encontrado huellas en la habitación. De Cheryl Frank... y posiblemente de su asesino. Pobre Cheryl... ¿La conocías?

Wiseman se llevó un cigarrillo a los labios.

La llama del encendedor iluminó fugazmente sus facciones.

En su rostro una dura mueca.

—Sí.

—También yo —masculló Scott Waterson—. Era una buena chica. Distinta a las restantes de sus... compañeras. Fue detenida hace un par de años. Al poco de llegar a Miami. Procedía del reformatorio de Bergesville. Ignoraba que su campo de acción fuera el Sydow Hotel.

—Ahí la conocí yo. Hace apenas unos diez días. Un cliente la acusó de robarle la cartera. Yo, como detective del hotel, investigué. Cheryl no protestaba de la acusación. Se limitó a mirarme a los ojos y esbozar una sonrisa. Fue un caso fácil. Ni tan siquiera hubo denuncia. Se solucionó con sólo soltarle un trallazo si individuo. De inmediato recordó que había dejado la billetera en el cajón del armario.

—¿Quién le proporcionaba las entrevistas con los clientes? ¿En recepción?

—No.

—¿Los botones?

Ralph Wiseman asintió exhalando una bocanada de humo.

—En ocasiones siento deseos de vomitar, Ralph. Cheryl, con todos sus defectos, no merecía un final así. Ha sido un crimen

monstruoso.

El auto cruzó ante el Lummus Park distanciándose cada vez más del Miami River.

—La mayoría de los hoteles de Miami tienen ese tipo de servicio a los clientes. En ocasiones controlado por los recepcionistas, las camareras o los botones. Eso poco importa. Deduzco que todo supervisado por el Sindicato del Vicio. Cualquier *call-girl*, independiente o al servicio del sindicato, abona puntualmente la cuota de protección. Cheryl era una mujer muy rebelde.

—¿Insinúas que es obra del Sindicato? No... no lo creo, Ralph. Los del Sindicato son más refinados. Un balazo con silenciador. Lo de Cheryl ha sido obra de un carnicero. De un perfecto bastardo.

Lo avanzado de la noche presentaba las calles de Miami desiertas. Los multicolores luminosos de neón iniciaban su eclipse. La ciudad pronto quedaría totalmente dormida.

El «Pontiac» se detuvo frente a un edificio de gris fachada.

Un uniformado agente saludó respetuosamente a Scott Waterson.

Penetraron en el edificio.

Para el personal del Departamento de Homicidios no había descanso. Existía una gran actividad en todas las secciones.

—¿Dónde está nuestro hombre?

—El sargento Mulligan le toma declaración.

El teniente hizo una seña a Wiseman.

Pasaron a una reducida habitación.

Con escaso mobiliario.

Una mesa y dos sillas.

John Keaton estaba allí. Con el cabello desordenado y el rostro pálido. Bañado en sudor. Se había despojado de la chaqueta. Húmedos surcos se dibujaban bajo sus axilas. Sus manos, grandes y de largos dedos, aprisionaban el gris sombrero tejano.

—¿Le has tomado las huellas, Mulligan?

El hombre que estaba frente a Keaton asintió con un movimiento de cabeza.

—Bien, Mulligan. Puedes retirarte. Williams llegará de un momento a otro procedente del Sydow Hotel. Comparar las huellas.

John Keaton alzó la mirada.

Nerviosamente.

—¡Era mi habitación!... ¡Naturalmente estarán allí mis huellas, pero yo no maté a Cheryl!

Scott Waterson le contempló como quien ve una cucaracha.

—No grite, Keaton... no me gusta... Tengo jaqueca, ¿sabe? Nadie le está acusando... todavía. Una mujer apareció muerta en su habitación. Es lógico que le formulemos algunas preguntas. ¿Correcto?

—Sí...

—¿Conoce a Ralph Wiseman? Es el detective del Sydow Hotel. Juntos vamos a escuchar su historia.

Keaton alargó una temblorosa mano para empujar el papel depositado sobre la mesa.

—Ahí tienen mi declaración.

—Yo leo muy mal sin lentes, Keaton. Repita de nuevo lo que dijo al sargento Mulligan. Empezó por contar cómo y dónde conoció a Cheryl Frank y la última vez que la vio.

John Keaton ocultó el rostro entre sus manos. Durante unos segundos. Echó la cabeza hacia atrás mesando los cabellos. Quedó reclinado en la silla. Su voz, aunque débil, sonó audible.

—Llegué hace dos días al Sydow Hotel para disfrutar de unas vacaciones. Quería conocer Miami. Uno de los botones del hotel, un tal Freddy, me indicó algunos lugares de diversión; aunque añadió que me aburriría sin compañía femenina. A cambio de diez dólares me proporcionó el nombre de una muchacha que actuaba en The Clover. Acudí al *night-club*. Me presenté ante ella y, al saber que iba enviado por Freddy, entablamos de inmediato amistad. Era una muchacha muy agradable. Le propuse almorzar juntos al día siguiente; pero se negó. Prometió telefonarme. No lo hizo. Fue entonces cuando busqué a Freddy para que de nuevo me pusiera en contacto con ella.

—¿Acaso no sabía dónde localizarla? En el Clover.

—Sí, pero deseaba verla antes de la noche. Hoy, tras el aviso de Freddy, se presentó en el *snack* del Sydow Hotel. Tomamos juntos unas copas y quedamos citados para cenar horas más tarde. Le di la llave de mi habitación. Nos despedimos. Cuando iba a encargarme de la cena para dos decidí que sería mejor pasar la velada en un restaurante ajeno al Sydow Hotel. Compré un vestido y unos zapatos para Cheryl. Depositó todo en la habitación junto con una

nota donde indicaba a Cheryl que nos reuniríamos en el Scorpion Club.

El teniente dirigió una mirada a Ralph Wiseman.

Dando autorización a que formulara alguna pregunta.

Así lo hizo.

—¿Cómo entró en la habitación, Keaton? Cheryl tenía su llave, ¿no?

—Me abrió la puerta una de las camareras del piso. Con el duplicado. Dejé los paquetes y salí al instante.

—¿Por qué no la esperó allí?

—Aún faltaban un par de horas para la cita. Decidí reservar mesa en un buen restaurante y luego acudir al Scorpion Club.

—¿Le vio alguien salir? ¿La camarera?

—No... Descendí sólo en el ascensor.

El teniente tomó ahora la declaración firmada por John Keaton. Chasqueó la lengua.

—Debió inventar una historia mejor, Keaton. En la habitación no hemos encontrado ninguna nota. Ni vestido nuevo.

John Keaton balbuceó.

Parpadeó repetidamente.

—Yo... yo lo dejé allí...

—¿De veras? Le hemos localizado en el Scorpion Club bailando muy animado con una escultural mulata. ¿Acaso ya no esperaba a Cheryl?

—¡Maldita sea! ¡La esperé durante horas! Supuse que se había vuelto atrás y rechazado mi invitación. Estaba irritado. Tomé varios vasos de *whisky* y terminé por aceptar la compañía de una de las chicas del Scorpion. Cuando fui detenido ignoraba lo ocurrido a Cheryl.

—Fue asesinada entre las cinco y las siete de la tarde, Keaton. ¿Dónde se encontraba a esas horas?

—Pues... fui a comprar el vestido...

—¿Dónde lo compró, Keaton? Allí le recordarán. Un vaquero comprando un vestido femenino es poco usual.

—Yo... yo no... ¡Dios! ¡No lo compré directamente! Tomé el listín telefónico y llamé a una de las tiendas de Lincoln Road solicitando un vestido de noche y zapatos para una joven de unos veinte años. Debían entregarlo en la recepción del Sydow Hotel. A

nombre de John Keaton. Me pareció ridículo elegir yo el vestido. Quedaron en llevarlo a las seis. Allí estaba yo en recepción, recogí el paquete y lo llevé a mi habitación.

—¿A las seis?

—Sí.

—Bien. El forense se aventuró afirmando entre las cinco y las siete. Fue a las seis. A esa hora la mató, ¿verdad?

—¡Yo no la maté!

—¡Sí, maldita sea! ¡Usted lo hizo! —vociferó el teniente Waterson descargando su puño derecho sobre la mesa—. Subió con el vestido a la habitación y esperó la llegada de Cheryl. ¿O tal vez ya estaba allí? ¿Fue entonces cuando acabó con ella?

—No... No... ¡No...!

—Ella se confió. Se despojó del vestido para aceptar su modelito de Lincoln Road. ¿Qué pasó, Keaton? Quiso tratar a Cheryl como si fuera una de sus yeguas salvajes, ¿no es cierto? Ella le rechazó y, ciego de ira, la atacó.

—¡No es verdad! ¡No es verdad!

Entró el sargento Mulligan en la reducida estancia.

Tendió un papel a Waterson.

Las facciones del teniente se endurecieron.

—Sus huellas coinciden con las encontradas en la bañera y demás puntos de la habitación, Keaton. También se han encontrado en el monedero de Cheryl.

—Lo tomé para dejar la llave.

—¿De veras? Tiene respuestas para todo, Keaton; pero muy poco convincentes. Tampoco presenta coartada. Puede llamar a un abogado. Queda detenido como presunto culpable de la muerte de Cheryl Frank.

Ya pronto amanecería.

Las silenciosas y vacías calles de Miami sólo eran turbadas por el deambular de los empleados de limpieza urbana.

La clientela del pequeño café era en su mayoría trabajadores que iniciaban o culminaban su jornada. Repartidores. Periodistas. Actores...

Aves nocturnas.

Scott Waterson profirió una soez maldición al consultar la esfera de su reloj.

—Sólo podré dormir un par de horas... ¿Te llevo a tu apartamento, Ralph?

Wiseman terminó la taza de negro y humeante café.

—No. Voy directamente al Sydow Hotel. Caminaré un poco. Scott...

—Ya sé lo que vas a decir —sonrió el teniente de Homicidios—. Después de oír a mis muchachos dudas de la culpabilidad de John Keaton, ¿no es cierto?

—Han interrogado a todos los ocupantes de la quinta planta. Doce habitaciones. Seis en cada ala. Las habitaciones números 511, 510, 509 y 508 destinadas a los componentes de la Sorkin Films. Todos ellos descartados. Antes de las cinco, a excepción de Peggy Jane, se hallaban visitando una distribuidora cinematográfica. Poco antes de las siete llegaban y se procedía a la rueda de Prensa. Fue entonces cuando una de las camareras descubrió el cadáver. En las restantes habitaciones de la quinta planta, sus ocupantes, no han...

—Lo sé, Ralph, lo sé. Pero era necesario hacer esos interrogatorios.

—Encuentro lo de John Keaton demasiado confuso. Complicado. ¿Por qué iba a inventar la historia del vestido? Realizó efectivamente la compra por teléfono. Recogió el paquete en recepción y subió con él.

—En la habitación no estaba ese vestido, Ralph.

—Tampoco la nota escrita por Keaton.

Scott Waterson rió en seca carcajada.

—Dudo de la existencia de esa nota. Keaton hizo desaparecer el vestido para que sospecháramos de la intervención de un enigmático personaje.

—Demasiado retorcido.

—Tal vez. No he cerrado el caso, Ralph. John Keaton es lo único que tenemos y continuaré apretándole las clavijas. Espero que el informe del forense nos proporcione más datos.

—¿Cuándo conocerás los resultados de la autopsia?

—He ordenado acelerar todo trámite burocrático. Puede que esta misma tarde tenga noticias. Te mantendré al corriente.

Ralph Wiseman interrumpió el ademán del teniente para abonar las consumiciones.

—Yo invito, Scott.

—Muy generoso, muchacho. Nos veremos en el Sydow Hotel. Quién te lo iba a decir, ¿eh, Ralph?

Wiseman entornó los ojos.

—¿Qué cosa?

—El volver a tu especialidad. Un caso digno del gran Ralph Wiseman. Procura colaborar con el Departamento, Ralph. Conozco tu reputación. Te gusta actuar en solitario llegando incluso a ocultar pruebas a la policía.

—Jamás he hecho eso.

—¿No?... En Nueva York opinan así. El caso Mario Buzzanca.

—El caso Buzzanca fue organizado y dirigido por la Mafia. ¿Se pueden presentar pruebas contra la Mafia, Scott? Son expertos en sobornos y corrupción. ¿Quién me garantizaba que esas pruebas llegarían a su destino sin ser destruidas o manipuladas? Terminé mi trabajo presentando las pruebas junto con el culpable.

—Ya fiambre.

—Fui obligado a disparar.

Scott Waterson sonrió.

En una dura mueca.

—Yo comprendo muchas cosas, muchacho; pero quiero, mientras permanezcas aquí, una total colaboración. No me agradaría añadir el estado de Florida a tus zonas prohibidas. ¿De acuerdo?

—Sí, Scott.

Ralph Wiseman contempló el cansino paso del teniente en dirección a la salida. Abonó la consumición.

De la cajetilla de tabaco extrajo un cigarrillo.

También él abandonó el local.

Se encontraba a corta distancia del Sydow Hotel.

Ralph Wiseman ni tan siquiera podría descansar el par de horas. Hasta el momento se había limitado a ser simple comparsa. Contemplando la actuación e investigaciones del Departamento de Homicidios.

Ahora era su turno.

Pero se iban a cometer demasiados asesinatos. Mucho trabajo.

Incluso para un hombre como Ralph Wiseman.

CAPÍTULO V

Ralph Wiseman contempló por enésima vez la lista proporcionada por el recepcionista-jefe.

Relación de ocupantes de la quinta planta del Sydow Hotel.

El propio Wiseman había dibujado un croquis.

Los dos elevadores principales en el centro. A la derecha, bordeando el corredor del mismo lado, las habitaciones 501, 502, 503, un salón social y, paralelamente a las anteriores, las habitaciones 504, 505 y 506. Al pasillo de la izquierda correspondían las habitaciones 507, 508, 509 enfrentadas con las 510, 511 y 512.

Al final de este último corredor se hallaba el montacargas y la escalera de servicio. La escalera principal se situaba frente a los elevadores de igual categoría.

La habitación 511 ocupada por Peggy Jane. La 510 por Stuart Sorkin. La 509 por el director cinematográfico Sydney Merrick. En la 508 Richard Sorkin. El relaciones públicas de la Sorkin Films, Robert Hayden, no pernoctaba en el Sydow Hotel.

Todos ellos descartados.

La habitación 507 ocupada por un tal Stephen Parks.

—¿Quién es?

—¿Se refiere al señor Parks? —bizqueó James Hartley muy sorprendido—. ¿No le conoce?

—De conocerle no preguntaría.

El recepcionista sonrió comprensivo.

Como disculpando la ignorancia de Wiseman.

—Ah, es cierto... Usted lleva tan sólo unas semanas aquí. El señor Stephen Parks es un cliente estable del Sydow Hotel. Éste es su domicilio habitual. Llegó hace un par de años. Es un afamado escritor en temas políticos.

—No recuerdo haberle visto...

—Lógico. En contadas ocasiones abandona su habitación. Stephen Parks está paralítico. Desde su infancia. Últimamente su salud empeoró y le recomendaron el clima de Florida. Prefiere la habitación de un hotel a permanecer en un apartamento. La cuestión económica carece de importancia para él. Percibe cuantiosas sumas por sus derechos de autor y sigue escribiendo. Aquí se le considera de la familia. Dos años de estancia es mucho tiempo.

Ralph Wiseman asintió a la larga parrafada del recepcionista.

Stephen Parks.

También descartado.

Pasó por alto la habitación 506. Jennifer Curtis. La bella viuda era sobradamente conocida para Wiseman.

La 505 vacante.

Una pareja de recién casados en la *suite* 504.

—Han abandonado el hotel —comentó James Hartley—. La policía, después de interrogarles, les autorizó a ello. No les era agradable pasar la luna de miel próximos al escenario de tan espeluznante crimen. ¿Ha leído los periódicos? Los titulares son sensacionalistas y...

—Randolph Crissman... ¿De la Matox Petroleum?

Hartley, pese a ser interrumpido, reaccionó con maliciosa sonrisa.

—El mismo. Rechazó los elegantes hoteles de Miami Beach por pasar desapercibido. Le salió el tiro por la culata. Quiso dejar el hotel, pero el teniente Waterson se lo prohibió. Parece ser que no tiene coartada.

—¿Llegó solo?

—No. En compañía de una jovencita. Una tal Kristen Squire. Ahí figura... habitación 502. Contigua a la 503 ocupada por Randolph Crissman. Se conocieron en el avión. Eso al menos comentó el señor Crissman.

—Muy interesante.

—¡Seguro! Crissman está que se sube por las paredes. Si su nombre se publica en los diarios y llega a conocimiento de la señora Crissman... Tengo entendido que el alto puesto de Randolph Crissman en la Matox Petroleum es debido a la influencia de su mujer y...

Ralph Wiseman volvió a interrumpir al individuo.

—¿Vacante la 501?

—Sí. Reservada para un matrimonio de Albany; pero a requerimiento de la policía les hemos designado otra habitación en la segunda planta.

—Gracias por todo, James.

La seca despedida del detective borró paulatinamente la sonrisa de James Hartley. Hubiera deseado ampliar detalles. Dar rienda suelta a su elevado grado de chismorreó.

A los pocos minutos de que Hartley hubiera abandonado el salón, apareció el director del Sydow Hotel. Con un visible nerviosismo. Acudió al sillón donde se acomodaba el detective.

—¿Qué significa esto, Wiseman?

Ralph Wiseman, aunque se había percatado de la entrada del director, desvió la mirada del croquis fingiendo sorpresa.

—¡Ah... es usted...!

—James me acaba de informar del interrogatorio a que le ha sometido. ¿Qué intenta, Wiseman? Todos los clientes de la quinta planta, incluido el señor Parks, fueron importunados por la policía. Todos ellos prestaron declaración. No quiero que sean molestados de nuevo por usted, Wiseman. ¿Ha entendido?

—Creí que era el detective del hotel.

—No se trata del vulgar robo de un «rata» del hotel. Es un caso de asesinato, Wiseman. Y ya está en manos del Departamento de Homicidios.

—El teniente Waterson solicitó mi colaboración.

Thomas Jackson pasó el dedo índice bajo el cuello de la camisa. Tragó saliva.

—Comprenda mi difícil posición, Wiseman. También yo comprendo que no debo entrometerme en su trabajo; pero el molestar de nuevo a los clientes de la quinta planta lo considero innecesario. Solicite del teniente Waterson las declaraciones que formularon. No quiero recibir más quejas, Wiseman. Randolph Crissman, un importante magnate, ha jurado no volver a pisar el Sydow Hotel... ¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que pasar precisamente aquí? ¿Por qué? ¡El Sydow Hotel quedará marcado para siempre!

Wiseman encendió un cigarrillo.

Ajeno a los lamentos de Jackson.

—¿Cómo han reaccionado los de la Sorkin Films?

La soez palabra que brotó de Thomas Jackson era impropia de un refinado director de hotel. Sólo disculpable por su estado de ánimo.

—En verdad, el mundo del espectáculo es distinto al nuestro. El propio Stuart Sorkin no podía ocultar su satisfacción al ser interrogado por la policía. Al igual que Peggy Jane con los periodistas que hoy acudieron en tropel ya conocedores del suceso. El que Peggy Jane ocupe la habitación contigua a la del crimen ha dado lugar a una serie de macabras preguntas. Ninguna relacionada con la infortunada Cheryl Frank. Sólo interesados en conocer las reacciones de la *star* ante el suceso, si tiene miedo de permanecer en el Sydow Hotel, si piensa cambiar de habitación...

—Una buena publicidad.

—Nauseabunda.

Ralph Wiseman se incorporó.

Deseando dar por terminada su conversación con Jackson.

—Disculpe. Voy a hablar con Freddy.

—Le he despedido.

—¿Por qué?

—¿Aún lo pregunta? ¡Freddy proporcionó la entrevista a Cheryl Frank con el cliente de la habitación 512!

—Cierto. Y Cheryl pasó tranquilamente por recepción, fue al elevador, saludó al ascensorista y de seguro a la camarera-jefe de la quinta planta. Ninguno de ellos, aún conscientes de que no era cliente del Sydow Hotel, le impidió que entrara en la habitación 512. Todos los empleados conocían bien a Cheryl. Incluido usted, Jackson.

—En ocasiones es necesario hacer que no se ve, Wiseman.

—Y en el momento de abrir los ojos, los platos rotos para Freddy. El más insignificante. Buena política, Jackson.

—¿Qué diablos quiere? ¿Qué despida a todo el personal? Estoy en la cuerda floja, Wiseman. El Sydow Hotel pertenece a un grupo de accionistas que controlan infinidad de establecimientos en Florida. Lo ocurrido ayer hará caer cabezas. En primer lugar la mía. Debo defender con uñas y dientes el pan de mi familia.

Ralph Wiseman sonrió.

Burlonamente.

La familia de Thomas Jackson, con férrea vocación de soltero, se componía de una pareja de canarios y un perro pequinés.

—¿Dónde puedo encontrar a Freddy?

—En el salón de la quinta planta.

Ralph Wiseman acudió hacia los elevadores.

Por las salas de recepción y conserjería deambulaban infinidad de periodistas. Ya no eran los expertos en el mundo del espectáculo, sino los especialistas en crónica negra.

En demanda de noticias.

Como aves de presa.

El asesino no les defraudaría.

La segunda víctima ya había sido elegida.

CAPÍTULO VI

Ralph Wiseman saludó a los dos policías de paisano que mantenían guardia ante la habitación 512.

Pasó al salón social de la quinta planta.

Descubrió a Freddy en uno de los sillones. Con una novela de Hadley Chase en las manos.

Wiseman, antes de acudir a su lado, solicitó en el mostrador un *gin-tonic* con mucho hielo.

—Hola, Freddy.

El muchacho alzó la mirada.

Forzó una sonrisa.

—Buenos días, Wiseman. Va a interrogarme, ¿verdad? Debe darse prisa. Pronto llegará el teniente Waterson. Le estoy esperando. Ayer noche me aturdió a preguntas durante horas. ¡Y aún no ha terminado!

—Yo seré muy breve. ¿Un cigarrillo?

—No puedo fumar en... —Freddy se interrumpió aceptando el emboquillado—. Olvidaba que estoy despedido. Sí puedo fumar. Han cometido una injusticia conmigo, Wiseman. No soy un santo, pero los hay peores. Aquí, y no quiero decir nombres, se suministra droga a los clientes importantes que la solicitan; se les proporcionan pases para asistir a ciertas proyecciones privadas, a tugurios donde se desarrollan auténticas orgías, apuestas ilegales... Yo siempre me negué a ese tipo de actividades. Prefería ignorarlas pese a que las comisiones eran, muy elevadas. Me limitaba a dar nombres de chicas a clientes solitarios; pero nunca para reunirse en el Sydow Hotel.

Los clientes iban a los *night-clubs* que les señalaba. Lo que pasara luego me tenía sin cuidado.

—¿Cómo fue la segunda cita de Cheryl con John Keaton?

—Ese maldito tejano se encaprichó de Cheryl. Quiso verla a toda

costa. Llamé a Cheryl a su domicilio particular para explicarle el problema. Ella me dio autorización para que proporcionara su número de teléfono al tejano. Se reunieron en el *snack* de la piscina. Keaton me soltó diez dólares. Y eso es todo.

—¿Desde dónde telefoneaste a Cheryl?

—Utilicé una de las cabinas de la playa. ¿Por qué lo pregunta?

Ralph Wiseman no respondió.

Quedó unos instantes pensativo.

Se incorporó tras vaciar el vaso.

—Hasta pronto, Freddy.

Abandonó el salón.

Mientras avanzaba por el corredor se entreabrió la puerta de la habitación 502. Sonó una voz femenina que detuvo al detective antes de que llegara al elevador:

—Señor Wiseman...

Ralph Wiseman entornó los ojos contemplando el bello rostro que asomaba tímidamente por la entreabierta puerta.

—¿Sí?

—¿Puedo hablar unos minutos con usted?

—Por supuesto.

Kristen Squire, ocupante de la habitación 502, se hizo a un lado permitiendo el paso de Wiseman.

Cerró de nuevo apoyando su espalda sobre la hoja de madera.

Parecía asustada.

—Usted es el detective del hotel, ¿verdad? Yo soy Kristen Squire.

—Lo sé.

—Necesito su ayuda.

Ralph Wiseman contempló más detenidamente a la muchacha.

Muy joven.

No más de los dieciocho años de edad. Cabello rubio y sedoso que le llegaba hasta los hombros. Rostro de bellas facciones. Lucía un *bikini*. Muy breve. Dos diminutas piezas de tela en degradados geométricos que mostraban con generosidad las juveniles curvas femeninas.

Consciente de su escasa vestimenta, y también del brillo que se reflejaba en los ojos de Wiseman, se ajustó a la cintura una larga falda a juego con el bañador.

—¿En qué puedo ayudarte, Kristen?

—Necesito salir de aquí.

Wiseman sonrió.

—Temo no poder hacer nada, pequeña. Es el teniente Waterson quien dicta las órdenes; pero no estarás retenida por mucho tiempo. No puedo hacerlo. Posiblemente hoy se te permita abandonar el hotel.

—Eso no me preocupa.

—¿Entonces...?

La joven inclinó la cabeza.

—Yo... yo me he escapado de casa.

Ralph Wiseman arqueó las cejas.

Empezaba a comprender.

—¿Sola?

—No.

—Con Randolph Crissman.

Kristen no respondió.

No era necesario.

—Bueno, Kristen. Concreta tu problema.

—El señor Crissman me convenció para que le acompañara. Mi padre y mi hermano trabajan en la Mattox Petroleum. Estoy arrepentida y quiero regresar a casa cuanto antes; pero Randolph Crissman no me lo permite. También me obligó a mentir en mi declaración al teniente Waterson. Entre las cinco y las siete, el intervalo en que asesinaron a esa mujer, permanecimos juntos. Randolph Crissman no quiere verse relacionado conmigo.

—Tú puedes ofrecerle una magnífica coartada.

La muchacha esbozó una sonrisa.

—Los hombres como Crissman no la necesitan. Es demasiado importante para aparecer como sospechoso de asesinato. Quiere que permanezca aquí. Dentro de unos días pasará un amigo de él a recogerme y llevarme a casa.

—Y ese... amigo asumirá toda la responsabilidad, ¿no es cierto?

—Sí...

—¿Qué edad tienes, Kristen?

—Diecisiete años.

Ralph Wiseman apretó con fuerza las mandíbulas.

—Cuando el teniente Waterson autorice el abandonar el hotel yo

mismo te acompañaré hasta el aeropuerto. También hablaré con Randolph Crissman.

—No... No, por favor. No ha ocurrido nada. He conseguido rechazar sus insinuaciones. Estoy arrepentida de haber aceptado acompañarle. Le he prometido que no mencionaría su nombre para nada. Ni tan siquiera a mis padres. Pero él no me cree. Quiere que espere la llegada de su amigo. De no obedecer me amenazó con despedir a mi padre y hermano de la Matox Petroleum. Yo no deseo perjudicarlo. De ahí que acuda a usted y no al teniente Waterson. Confío en su discreción y...

De pronto se abrió la puerta de la habitación.

Apareció un individuo de voluminoso cuerpo. Rostro mofletudo. Grasiento. Sudoroso. Con una llamativa camisa de colores y pantalón corto. Su aspecto era ridículo.

—Kristen, te estoy...

El hombre quedó con la boca entreabierta.

Contemplando estupefacto a Wiseman.

—Buenos días, Crissman.

—¿Quién es usted?

—Ralph Wiseman, detective del hotel.

Randolph Crissman desvió sus ojos de sapo hacia la pálida muchacha.

—¿Ocurre algo, Kristen? Llevo esperando en la playa cerca de una hora. Quedamos en tomar juntos el aperitivo.

—Sí... Ahora mismo me disponía a bajar. ¿Nos vamos?

Kristen, visiblemente nerviosa y atemorizada, salió al corredor.

Iba a ser imitada por Randolph Crissman; pero el detective le cerró el paso.

—¿Me permite unos minutos, Crissman?

—¿Cómo...? Allí, sí... Espera en la playa, Kristen.

Ralph Wiseman cerró la puerta.

Sonrió.

—¿Qué se le ofrece, Wiseman? Si es relacionado con el asesinato de ayer, no tengo nada que añadir a la declaración formulada al teniente Waterson. Ni le considero autorizado para interrogarme.

—Eres una repugnante babosa, Crissman.

El magnate desorbitó los ojos.

Estupefacto.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Cómo se atreve a...?

—Kristen me lo ha contado todo. Comprendo su miedo, Crissman. Se le puede acusar de corruptor de menores. Incluso, impidiendo la marcha de Kristen, de rapto.

—¡Le ha mentido! ¡Eso es falso! Conocí a Kristen en el avión...

—¿Y eso ya le permite entrar en su habitación sin molestarse en llamar a la puerta? Una fea mueca se reflejó en el grasiento rostro del individuo.

—Bueno, Wiseman... En el avión se me insinuó, ¿sabe? Es una muchacha algo... frívola. ¿Me comprende?

—Comprendo perfectamente, hijo de perra.

—¡No le tolero que...!

Randolph Crissman se vio bruscamente interrumpido.

La zurda de Wiseman, en rápido y violento semicírculo, se estrelló contra sus labios. Un seco trallazo en la boca.

—No grite, Crissman. Por favor. Pueden oírnos los policías del corredor. Y usted no quiere eso, ¿verdad? ¡Qué dirían en el consejo de administración de la Mattox Petroleum!

Randolph Crissman estaba pálido.

Aturdido.

Se llevó la mano derecha a los labios. Contempló aquel rojizo líquido como hipnotizado.

—Pagaré esto, Wiseman... Juro que lo pagaré con creces...

—¿No atiende a razones? ¿Prefiere que hable con el teniente Waterson?

—De acuerdo, Wiseman. Convencí a esa estúpida para que me acompañara; pero no ha ocurrido nada. ¡Absolutamente nada! ¡Miente si afirma lo contrario! Trata de someterme a chantaje y...

—Sólo quiere salir de aquí. Se lo permitirá, ¿verdad? Y sin represalias. Ella, puede estar seguro, no pronunciará su nombre. ¿Okay?

Randolph Crissman asintió.

Con una mirada de odio hacia Wiseman.

—Magnífico. Entre caballeros es sencillo solucionar los problemas. Buenos días, Crissman.

El detective salió al corredor.

A tiempo de ver al teniente Waterson abandonar el elevador. La expresión de su rostro no presagiaba nada bueno. La cólera... o tal

vez el caso Cheryl Frank se había complicado aún más.

—¿Violación?

—Sí, Ralph. He recibido el informe preliminar de la autopsia. Tengo un boceto del arma homicida. Un puñal turco.

Ralph Wiseman, de sorpresa en sorpresa, arqueó las cejas.

El teniente Waterson se adelantó a cualquier pregunta:

—Un arma blanca de larga curva hoja. Sí, Ralph. Como un puñal turco. Ese fino trazo dibujado en el vientre de Cheryl, en forma de serpiente, y el brutal tajo que seccionó su yugular fueron realizados con la misma arma. Fue asesinada sobre la alfombra del dormitorio y luego introducida en la bañera. Se ha fijado con más precisión la hora de su muerte. Entre las siete y las siete treinta.

—¿Se ha adelantado algo con John Keaton?

Scott Waterson bebió el agua mineral con una mueca de desagrado.

—No. Repite una y otra vez la misma historia. Lo del vestido es cierto. Lo encargó telefónicamente a Rosemary's. Keaton lo retiró de recepción y subió a la habitación. La camarera de la quinta planta le abrió la habitación; pero no le vio salir. Tampoco en recepción ni conserjería. Es nuestro sospechoso número uno, Ralph. Los componentes de la Sorkin Films iniciaron, precisamente a las siete horas, la rueda de prensa. He interrogado minuciosamente a los restantes ocupantes de la quinta planta. Incluido al escritor Stephen Parks, un pobre paralítico que lleva dos años hospedado en el Sydow Hotel; aunque en verdad sólo le pregunté si había oído algo anormal.

Wiseman encendió un cigarrillo.

Fijó sus ojos en el teniente.

—Oye, Scott... ¿por qué investigar en la quinta planta? Todos están libres de sospecha y, a excepción de John Keaton, no conocían a Cheryl. Cualquiera de los clientes de los restantes pisos puede llegar tranquilamente a la quinta planta.

—El Sydow Hotel cuenta con ochenta y cuatro habitaciones, Ralph. Tengo en el Departamento una relación de cada uno de los ocupantes. Todos son, al menos en apariencia, gente respetable. He sometido a vigilancia a alguno de ellos y...

—¿Por qué no fuera del Sydow Hotel?

—¿Qué insinúas?

—Cheryl Frank vivía intensamente. Su trabajo en el Clover, sus amistades, sus enemigos... Tal vez alguien la siguió hasta el hotel esperando la oportunidad de darle muerte.

—¿Me consideras un principiante, Ralph? Conozco mi trabajo. Media docena de hombres investigan por esa zona. En el apartamento de Cheryl, sus amistades masculinas más frecuentes... Hemos detenido a un fulano que quiso imponer su... protección a Cheryl. No dejamos ningún cabo suelto; aunque debes reconocer conmigo que John Keaton es el mejor candidato.

El detective saboreó el *whisky*.

Chasqueó la lengua.

—No encaja la desaparición del vestido.

—Vuelvo a insistir en que se trata de un truco de Keaton para confundimos.

—Si yo quisiera matar a alguien no le dejaría en mi habitación.

Waterson rió con seca carcajada.

Carente de alegría.

—Tampoco yo, muchacho; pero la muerte de Cheryl Frank, monstruosa y sangrienta, es obra de un demente. Y a una mente enfermiza no se le puede exigir lógica.

—Puede que tengas razón.

—Bien... Debo irme. Espero de Washington una lista de los más importantes «ratas» de hotel. Tampoco hay que descartarles. Puede que Cheryl entrara en la habitación sorprendiendo a un vulgar «rata». Éste reaccionó con violencia y...

—¿Qué huellas se han encontrado?

—Las de Cheryl y John Keaton. Ninguna más.

—Si Keaton no es culpable, el asesino es un profesional.

—Correcto, Ralph. Pagas tú, ¿verdad...? Hasta pronto.

Scott Waterson abandonó el salón social. En el pasillo esperaba Freddy acompañado de un policía de paisano.

Penetraron en uno de los elevadores.

Sólo quedó el agente uniformado frente a la habitación 512.

Ralph Wiseman, desde el ventanal del salón, contempló la animación remante en la piscina y la playa.

Hombres y mujeres se divertían bajo el dorado sol de Florida.

Ajenos a la tragedia de Cheryl Frank.

Ignorantes de que la muerte se había asentado en el Sydown

Hotel.

CAPÍTULO VII

El gerente del *night-club* del Sydow Hotel había anunciado la presencia en el local de la gran Peggy Jane.

Una de las luces enfocó a la *star*.

Peggy Jane, en compañía de Stuart Sorkin y del director Sydney Merrick, se incorporó para corresponder a los aplausos del público.

—Yo la encuentro vulgar.

Wiseman sonrió.

—Haces mal en mostrarte celosa, Jennifer. Tú estás superdotada. Jennifer, la joven viuda de la habitación 506, ahogó un suspiro. Suficiente para que los ojos de Wiseman se tornaran vidriosos.

Jennifer lucía un elegante vestido de noche. Rojo. Bordado con pedrería. De audaz escote.

—Me marcho mañana, Ralph.

—¿Mañana? Creí que el teniente Waterson tenía en cuarentena a toda la quinta planta.

—Oh, no... Imposible retenernos sin una acusación firme o causa justificada. El prohibirnos marchar fue para ampliar los interrogatorios. Ya ha concluido con nosotros.

—Mañana...

—Ajá. Espero conseguir plaza para Nueva York. Puedo solicitar dos. Tú y yo. Juntos. ¿Qué respondes, Ralph?

Wiseman atrapó la cajetilla de tabaco perteneciente a la mujer.

Encendió uno de los afeminados cigarrillos «Eve».

—Eres demasiado joven y bonita para cargar con un *gigoló*. Espera a tener cincuenta años.

Jennifer enrojeció.

—Eres un grosero.

—¿Acaso no era esa tu proposición?

La mujer no replicó. Se incorporó airadamente. Con el rostro como la grana. Abandonó la sala seguida de la burlona mirada de

Wiseman.

—Eh, Ralph...

Wiseman ladeó la cabeza enfrentándose con el *maître*.

—¿Sí, Sam?

—¿Regresará la señora Curtis?

—Lo dudo. Carga la consumición a su cuenta.

—Es de suponer. Y ahora... ¿te importaría largarte? Ocupas una de las mejores mesas. Wiseman aplastó el recién encendido cigarrillo.

Acudió al mostrador.

No quería abandonar el local sin antes presenciar la actuación de The Panthers. Un trío de mulatas en trepidante danza.

—*Whisky* sin soda, Larry.

Antes de que el empleado del mostrador sirviera el pedido a Wiseman sonó una voz a su lado:

—Señor Wiseman...

El detective descubrió a la joven Kristen Squire en compañía de Richard Sorkin. En sendos taburetes.

—Hola, Kristen.

—¿Me invita a bailar? Quisiera hablarle.

—Será un placer.

—Disculpe unos minutos, Richard —sonrió Kristen, descendiendo del taburete para tomar el brazo derecho del detective.

Fueron a la pista.

La orquesta, afortunadamente para Wiseman, ejecutaba una pieza lenta y romántica.

—¿Estás relacionada con el mundo del cine, Kristen?

—¿Se refiere a Richard Sorkin? Oh, no... Le acabo de conocer. Es un chico muy agradable.

—Más que Randolph Crissman.

La muchacha sonrió tímidamente enlazando sus manos tras la nuca del detective.

—Be eso quería hablarle. Le estoy muy agradecida, Wiseman. Todo se ha solucionado. El propio Crissman me ha proporcionado el pasaje para regresar a casa. Salgo dentro de unas horas. En un vuelo «Chárter» nocturno. También prometió no tomar represalias contra mi padre o hermano a cambio de mi discreción. Me agradecería pagar

lo que ha hecho por mí.

—Ya lo estás haciendo, Kristen. ¿Qué mejor recompensa que tener entre mis brazos a tan encantadora joven?

La orquesta cesó.

Kristen Squire se alzó sobre la punta de sus zapatos para besar los labios del detective.

—Gracias... Nunca lo olvidaré.

Retomaron al mostrador.

El barman hizo una seña a Wiseman.

—Tiene una llamada, señor Wiseman. Se la han pasado a la cabina cuatro.

Ralph Wiseman, tras despedirse con una sonrisa de Kristen, acudió hacia las seis cabinas telefónicas alineadas a poca distancia del mostrador. Se introdujo en la indicada desconectando el auricular.

—Wiseman al habla.

La voz que llegó a través del micro sonó ronca. Deliberadamente desfigurada:

—Tengo información sobre el caso Cheryl Frank. ¿Le interesa?

Wiseman cerró instintivamente la diestra aprisionando el aparato.

—¿Quién es?

—Eso no importa. Mi información puede conducirle hasta el asesino.

—¿Por qué no la comunica al Departamento de Homicidios?

Se escuchó una risa nerviosa.

—No me gusta la publicidad, Wiseman. Además... dudo de la generosidad del teniente Waterson.

—¿Y cuánto espera de mí?

—Cien dólares.

—Una cantidad razonable. *Okay*.

—Perfecto, Wiseman. Me encuentro en la playa. Próximo a los barracones de *surfing*. Acuda de inmediato. Le espero.

La conversación fue cortada.

Ralph Wiseman quedó unos instantes con el auricular en la diestra. Lentamente lo depositó en el soporte.

Abandonó la cabina.

Contempló cómo Richard Sorkin, ya sin la compañía de Kristen,

acudía hacia la mesa compartida por Peggy Jane, Stuart Sorkin y Sydney Merrick.

El detective pasó a la terraza contigua al *night-club*.

Desde allí era visible la playa. Una franja de fina arena plagada de mesas, sillas y tumbonas en tubos de aluminio acolchadas con láminas de espuma de poliuretano.

A la luz artificial se añadía el plateado disco de la luna destacando poderosamente en el negro manto de la noche.

Muchas parejas.

Música.

Juegos de herraduras, tenis de mesa, *volleyball*...

Poco importaba lo avanzado de la noche. Ninguno de los que allí disfrutaba tenía que madrugar al día siguiente.

Incluso se veían bañistas en las cálidas aguas.

Ralph Wiseman encaminó sus pasos hacia el artificial muelle. Alejado de la zona de bullicio y luz.

El barracón donde se proporcionaban equipos de *sky*, *surfing* y pesca submarina estaba cerrado. Pequeñas barcas, motonaves y patines se alineaban a ambos lados del muelle.

La única iluminación en aquella zona era la proyectada por la nívea claridad de la luna.

Un terreno ajeno al jolgorio reinante en el Sydow Hotel.

Wiseman se detuvo junto a las barcas.

Su espera fue de segundos.

Pronto vio aparecer al individuo.

Como fantasmagórica sombra.

—¿Wiseman?

—Sí, soy yo.

—Me gustaría oler los cien dólares.

—Después de la información.

—Ahora.

Wiseman dudó.

Sus ojos estudiaron detenidamente al individuo.

Cabeza rapada. Cejas de grueso trazo. Ojos huidizos. Nariz aplastada... Un tipo poco tranquilizador.

—Está bien...

Wiseman llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta.

Y fue entonces cuando dos sombras surgieron a su espalda.

Abalanzándose sobre él. Atenazando sus brazos.

—¡Sujetadle con fuerza! —exclamó Cabeza Rapada.

Ralph Wiseman reaccionó de inmediato al ataque. Aprovechando que era sostenido por aquellos dos hombres alzó ambos pies proyectándolos contra Cabeza Rapada. En la boca del estómago. Brutalmente.

Uno de los individuos, el que aferraba su brazo izquierdo, hizo un brusco movimiento. Con intención de romperle el brazo. Ralph Wiseman se dejó llevar a la vez que impulsaba su cuerpo para hacerles perder el equilibrio.

Evitó el crujir de su brazo, pero no consiguió esquivar el golpe del segundo individuo. En el costado. Un violento trallazo que le cortó la respiración.

Cabeza Rapada ya se había incorporado.

Ciego de ira.

—Maldito bastardo... ¡Le haré vomitar las tripas!

Wiseman, sin lograr soltarse de los dos hombres, nada pudo hacer por impedir el ataque. Un salvaje puntapié en el bajo vientre. Abrió la boca para aullar de dolor, pero ni un solo gemido escapó de su garganta.

Fue incapaz.

El aire no llegaba a sus pulmones.

Cabeza Rapada repitió el golpe.

Las piernas de Wiseman se doblaron. Aquello hizo comprender a los que le sujetaban que podían soltar la presa.

Ralph Wiseman cayó de bruces.

Sobre la fina arena.

Cabeza Rapada, con zapatos de grueso tacón y punta achatada, le aplicó una continuada serie de golpes en el costado. Una y otra vez. Rugiendo de placer.

El detective quedó con los brazos en cruz.

Su última imagen, antes de cerrar los ojos, fue un cielo salpicado de infinitas estrellas multicolores.

Luego llegaron las tinieblas.

Ralph Wiseman creyó estar soñando.

O tal vez un ángel había acudido a recibirle.

Lo cierto es que unos cálidos labios se habían posado sobre los suyos. También percibió el turbador contacto del cuerpo femenino.

Instintivamente alargó los brazos para abarcarlo. Sus manos acariciaron un cuerpo perlado de gotas de agua que retrocedió al instante.

—¿Se encuentra bien?

La figura que borrosamente se inclinaba sobre Wiseman se tornó nítida.

El detective parpadeó.

Incrédulo.

Un ángel o una diosa.

Un rostro de bellas facciones. Un cuerpo de mórbidas curvas levemente oculto por un *tanga*. Piel bronceada. Tersa. Correspondiendo a una mujer de unos veinte años de edad.

Ralph Wiseman se percató de que aún yacía sobre la arena. Junto a las barcas. En el mismo lugar en que recibió la paliza.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Margaret Caans. ¿Cómo se encuentra?

Wiseman trató de incorporarse.

Ayudado por la joven.

—Bien...

—Salía del agua cuando le vi inerte. Supuse que había sufrido algún accidente e intenté reanimarle con la respiración boca a boca.

Ralph Wiseman se fijó en los gordezuelos labios de la mujer.

Sí.

Eran para reanimar a cualquiera.

—Gracias, Margaret... Eres muy valiente. Pocas mujeres se hubieran atrevido a hacerlo. Un lugar solitario, un hombre que podía fingir un accidente...

La muchacha rió en cantarina carcajada.

—No podía desconfiar del detective del Sydow Hotel.

—¿Me conoces?

—Sí, Ralph —respondió Margaret, correspondiendo al tuteo—. Soy la secretaria de Stephen Parks. Ayer te vi junto al teniente Waterson. Durante los interrogatorios.

Caminaron hacia la zona iluminada del Sydow Hotel.

Ya había cesado toda animación.

Lo avanzado de la noche había recluido incluso a los más noctámbulos.

Margaret se apoderó de una pequeña bolsa. De allí sacó un

juvenil y ligero vestido *evasé* que abotonó sobre el traje de baño.

Un lacerante dolor en el costado crispaba las facciones de Wiseman. No le impedía andar, pero prefería hacerlo ayudado por los desnudos brazos de Margaret.

—¿Te hospedas en el hotel?

—No. Ocurre que el señor Parks quiere ultimar su libro en esta semana. Tomo al dictado o bien me hago cargo de los folios manuscritos por Stephen Parks. Es mucho el trabajo y los paso a máquina en mi apartamento. Hoy ha sido un día fatal. Esta noche, al entregarle los folios mecanografiados, Parks decidió destruirlos. No estaba satisfecho y los escribiría de nuevo. Me ordenó que pasara a retirarlos dentro de cuatro o cinco horas. Decidí dejar transcurrir el tiempo disfrutando en la playa.

—No es muy considerado el tal Stephen Parks. ¿Por qué no recogerlos mañana?

—Eso sería romper su norma de trabajo. Un mínimo de veinte folios manuscritos al día. Stephen Parks es un genio. Me paga con generosidad y estoy orgullosa de trabajar a sus órdenes. Su fuerza de voluntad, en un hombre paralítico y lisiado en su brazo izquierdo, es todo un ejemplo a imitar.

Se introdujeron en el Sydow Hotel por una de las entradas de la piscina.

De allí pasaron a los elevadores.

—¿Por qué no te retiras a descansar, Ralph? Ignoro qué puede haberte ocurrido; pero creo que debería reconocerte un médico.

Wiseman pulsó el botón de la quinta planta.

Sonrió.

—Sólo tropecé con una de las barcas. Estoy bien. Me iré a dormir y mañana como nuevo.

—¿En el hotel?

—No. Tengo un pequeño apartamento en la Derns Avenue.

—¿Derns Avenue? Mi domicilio está en esa zona. ¿Puedes llevarme? A estas horas resulta difícil encontrar un taxi.

—Será un placer, Margaret.

Abandonaron el elevador avanzando hacia la puerta señalizada con el número 507.

—Cuestión de segundos, Ralph. Tomar los folios y salir.

—*Okay.*

Margaret golpeó con los nudillos la puerta.

Se escuchó el girar de una silla de ruedas junto con una potente voz audible a través de la hoja de madera:

—¡Adelante!

Margaret accionó el pomo.

En la antesala al dormitorio estaba Stephen Parks.

En su silla de ruedas.

Un individuo de unos sesenta años de edad. Cabello abundante aunque ya totalmente blanco. Rostro de marcadas arrugas. Lentes de grueso cristal cargado de dioptrías. Lucía una bien cuidada barba también blanquecina. Las piernas inmóviles. Al igual que su brazo izquierdo. Rígido. Pegado al cuerpo. Con los dedos de la mano curvados.

Era como una estatua.

Sólo el privilegiado talento de su cerebro permanecía vivo.

Su único miembro móvil era el brazo derecho. Lo extendió señalando la pequeña mesa.

—Ahí tiene, señorita Caans. Terminé ya hace unos treinta minutos. La llamé a recepción...

—Estaba en la playa.

—Espero que el haberla retenido tanto tiempo no le Impida acudir mañana a la hora de costumbre.

—Aquí estaré, señor Parks —afirmó Margaret, tomando la carpeta depositada sobre la mesa—. Buenas noches.

La joven cerró la puerta retomando junto a Wiseman que, desde el corredor, había presenciado la escena.

—No parece muy simpático.

—Es su carácter, Ralph. Está obsesionado con esta obra y...

Margaret se interrumpió al ver salir del elevador a un individuo.

Era James Hartley. Portaba en sus manos un juego de llaves. Murmurando palabras ininteligibles.

—¿Ocurre algo, Hartley?

—Ah... es usted, Wiseman... La señorita Kristen Squire, de la habitación 502, no responde a nuestras llamadas. Solicitó un taxi y que el botones retirara su equipaje a las dos de la madrugada. Tiene plaza para un vuelo «Chárter» nocturno; pero dudo que consiga llegar a tiempo al aeropuerto Internacional.

El detective, olvidándose por completo de Margaret, siguió al

repcionista. James Hartley introdujo una de las llaves en la cerradura de la habitación 502.

—Es extraño... Tenía mucho interés en salir de Miami...

—¿No puede haber abandonado ya el hotel?

—Es posible, aunque yo no la vi marchar. Tampoco abonó la factura.

La puerta cedió.

La luz de la antesala aparecía encendida.

También en el dormitorio.

—¡Señorita Squire...!

Ralph Wiseman fue menos meticuloso. Mientras el recepcionista llamaba desde la antesala, el detective se adentró en el dormitorio.

Ni rastro de Kristen.

Pero sí descubrió manchas de sangre en el suelo. En la alfombra. Salpicando los muebles...

Y en el armario.

Sí.

Principalmente en el armario.

—Santo Dios —balbuceó James Hartley casi sin voz—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

Ralph Wiseman extrajo un pañuelo del bolsillo. Se protegió con él para hacer girar el pomo del armario.

Esperaba *aquello*.

Lo sospechaba.

Y a pesar de ello no pudo reprimir un ronco grito.

De horror.

De furia.

De indignación...

Kristen Squire estaba en el interior del armario. Doblada. Totalmente desvestida. Cayó aparatosamente sobre el suelo de la habitación.

El impacto hizo que su cabeza, apenas unida al tronco, se separara rodando en espeluznante y macabro girar.

CAPÍTULO VIII

Scott Waterson arrojó los papeles sobre la mesa-escritorio iniciando un nervioso deambular por su reducido despacho. Como un león enjaulado.

—¡Un calco del anterior! Kristen Squire también fue violada, seccionada su yugular y ese extraño trazo serpenteante en el vientre. ¡Como si se tratara de un satánico ritual!

—¿La misma arma?

—Sí, Ralph. El forense aún no lo ha confirmado oficialmente, pero es seguro. Un puñal turco. Kristen Squire abandonó el *night-club* al filo de la medianoche. Tú mismo has concretado ese punto. Al igual que Richard Sorkin.

—La última vez que la vi quedaba con el joven Sorkin.

—Richard Sorkin y Kristen Squire se despidieron. Sorkin fue a la mesa ocupada por su tío y Peggy Jane. Kristen tomó su llave en recepción y solicitó un taxi para las dos de la madrugada. Fue asesinada entre las cero treinta y una treinta. Posiblemente el asesino ya la esperaba en la habitación. Nada hay más sencillo que forzar la puerta de la habitación de un hotel. ¡Incluso con un policía de paisano deambulando por la quinta planta!

—Este nuevo crimen descarta a John Keaton.

—Sí, maldita sea... Ya está en libertad. Nos enfrentamos a un asesino profesional, Ralph. Ninguna huella.

—Un loco. Un psicópata. Un engendro de Satanás que disfruta matando. Sin móvil aparente. Un sádico sexual que ejecuta a sus víctimas siguiendo un sangriento ritual.

—Investigamos eso. Es nuestro punto de partida. Lo singular del arma homicida y el demoníaco *modus operandi*.

—¿Qué hay de Randolph Crissman? Algunos periodistas afirman que está detenido.

—Correcto.

—Arriesgas demasiado, Scott. Randolph Crissman es poderoso.

—¿Y tú lo dices? ¡Le has roto la boca de un trallazo!

Wiseman sonrió.

Fríamente.

—Yo tengo muy poco que perder, Scott.

—¡Y yo no temo las influencias de nadie! Randolph Crissman es un hijo de perra. Cuando me comunicaste los problemas existentes entre Crissman y Kristen Squire, le sometí a intenso interrogatorio. Tiene una buena coartada. Crissman permaneció en el Gran Casino hasta altas horas de la madrugada. Randolph Crissman está asustado por lo ocurrido a Kristen y la publicidad que ha levantado el caso. Me confesó algo muy interesante. Relacionado con tu incidente en la playa.

—¿Quieres decir...?

—Sí, muchacho. Crissman es un tipo rencoroso. Contrató a unos vulgares matones para que te propinaran una paliza. Para que acudieras a la cita les indicó que ofrecieran información sobre la muerte de Cheryl Frank. Tú te mostrarías interesado y no dudarías en aceptar.

—Debí sospecharlo... Cien dólares era una cantidad ridícula.

—Puede servirte de consuelo el saber que los tres fulanos de la playa ya están detenidos. Declararon haber sido pagados por Crissman para propinarte una paliza. ¿Presentas acusación contra él?

—¿Conseguiría algo positivo?

Scott Waterson profirió una soez maldición.

—No. Los abogados de Crissman ya están incordiando para conseguir su inmediata libertad. El retenerle aquí es una pequeña satisfacción que me otorgo. Para que los periodistas divulguen su nombre y sea noticia en todos los Estados Unidos.

—Al diablo con Crissman.

—Tienes razón. Sólo debe inquietarnos el cazar al asesino.

Ralph Wiseman se incorporó.

Cansinamente.

—Crucé unas breves palabras con Kristen. Era una muchacha insegura. Inconsciente. Llena de vida... Y ahora reposa en el depósito de cadáveres.

El teniente recibió una llamada por el interfono.

Ralph Wiseman aprovechó la interrupción para despedirse. Abandonó el despacho para minutos más tarde atravesar la puerta de salida del edificio.

Acudió junto a su estacionado «Ford». Un «Mustang» de hace cinco años adquirido de ocasión. Se disponía a introducirse en el vehículo cuando descubrió a Richard Sorkin en el *stop* de taxis.

El joven se aproximó.

—¿Se dirige al Sydow Hotel, Wiseman?

—Ajá. Puedo llevarle si gusta.

—Gracias.

Los dos hombres se acomodaron en el automóvil.

Ralph Wiseman hizo girar el volante enfilando la calzada.

Aceptó el cigarrillo que nerviosamente le ofrecía Richard Sorkin. Éste se percató del temblor de sus manos.

—Aún estoy impresionado. Pensar que ayer mismo conversaba con Kristen... Era una muchacha encantadora. La conocí en la barra del *night-club*. Estaba sola. Al igual que yo. Entablamos conversación. La invité a visitar otros clubs de Miami; pero se negó alegando que su avión salía dentro de unas horas.

—De haber permanecido con usted nada le hubiera ocurrido.

—Sí... Eso mismo le comentaba al teniente Waterson. Es horrible. Dos asesinatos en un plazo de veinticuatro horas.

—El que Peggy Jane esté próxima al escenario de los crímenes es buena publicidad para la Sorkin Films.

—No niego que mi tío haya querido aprovechar la primera circunstancia; pero dos muertes ya no resultan agradables. Mañana abandonamos Miami.

—¿Tiene autorización del teniente Waterson?

—Por supuesto —replicó Richard Sorkin, algo molesto—. Yo conversé con Kristen poco antes de su muerte. De ahí que el teniente me interrogara; aunque poco he podido ayudarle. Me reuní con mi tío, Peggy Jane y Sydney Merrick. Salimos a recorrer los más elegantes *night-clubs* de Miami Beach. Una especie de campaña publicitaria para Peggy Jane. Regresamos al Sydow Hotel ya esté plagado de policías y descubierto el asesinato de Kristen.

—Una buena coartada para la Sorkin Films.

—Dudo que cualquiera de nosotros la necesitemos.

—¿Ya han decidido el lugar de rodaje para la segunda parte de

The Siren?

—En efecto.

—El Sydow Hotel de Miami —sonrió Wiseman.

—Correcto. Es lógico deducirlo. A los posibles alicientes de la película se añadirá el estar rodada en los escenarios de un doble crimen real. Sería absurdo no aprovechar la morbosidad del público. Ahorraremos muchos miles de dólares en publicidad.

—Maravilloso.

Richard Sorkin captó la ironía del detective.

No replicó.

El resto del trayecto se realizó en silencio.

El «Mustang» quedó estacionado en el *parking* privado del Sydow Hotel.

—Gracias, Wiseman —se despidió el joven Sorkin, abandonando el automóvil—. Ha sido muy amable.

Ralph Wiseman quedó unos segundos frente al volante.

El tiempo de encender un nuevo cigarrillo.

Sus manos evidenciaron un ligero nerviosismo.

Sí.

Tampoco él podía ocultarlo.

Le dominaba la ira.

En su mente aún permanecía grabada la horripilante escena vivida en la habitación 592. El impacto del cuerpo de Kristen contra el suelo. El rodar de su cabeza separada del tronco...

Sería difícil de olvidar.

La piscina del Sydow Hotel había sido momentáneamente acordonada.

Prohibido el paso.

Debían esperar a que los reporteros gráficos de una importante agencia terminaran su trabajo. Las fotografías serían luego vendidas a los principales semanarios cinematográficos y publicaciones frívolas.

Peggy Jane era experta.

Con más gracia y arte que una modelo profesional.

Los reporteros apenas tenían que indicarle las poses.

Peggy Jane en el trampolín simulando el salto. Al borde de la piscina. En las cristalinas aguas...

Todo ello con un inverosímil *bikini*.

Dos diminutas piezas de tela. El sujetador con tirantes tras el cuello. El triángulo del *slip* con anillas en los laterales.

Peggy Jane se situó ahora sobre una tumbona.

Simulando aplicarse una crema bronceadora.

Se despojó de la pieza superior del *bikini* obligando a los reporteros a no dar descanso a sus máquinas.

—¿Quiere un pañuelo, amigo? Le está cayendo la baba.

Ralph Wiseman, junto a la gigantesca cristalera del salón que conducía a la piscina, giró al oír la voz.

Sonrió.

—Hola, Mitchell.

—No ha olvidado mi nombre. Ya conozco el suyo. Ralph Wiseman, detective del Sydow Hotel. ¿Quiere un trago o prefiere seguir contemplando el espectáculo?

Wiseman dirigió una última mirada a la *star*.

—Necesito el trago.

—Le comprendo, amigo, le comprendo...

Fueron al mostrador atrapando sendos taburetes.

El salón, dado que también allí se prohibía la entrada, aparecía desierto.

—¿Cómo ha conseguido entrar, Mitchell? Creí que era un reportaje en exclusiva para la King Pictures West.

Solicitaron *whisky*.

Jack Mitchell alzó su vaso.

—He conseguido una entrevista con Stuart Sorkin. Me interesa más que Peggy Jane.

—¿También a sus lectores?

—El *Black Screen* tiene varias secciones. La mitad de ellas dedicadas a los *voyeurs*. Mi columna se relaciona con el cine. Tengo curiosidad por conocer el fabuloso presupuesto para la realización de la segunda parte de *The Siren*.

—Varios millones de dólares.

—Sí. Eso asegura Stuart Sorkin; pero ocurre que la Sorkin Films está en difícil situación económica. Los beneficios de *The Siren*, aunque cuantiosos, apenas han amortizado el coste de producción. Voy a sacar los trapos sucios y mostrarlos a mis lectores. Mis informadores han comunicado que la Sorkin Films ha hipotecado gran parte de sus bienes para conseguir dinero e iniciar la segunda

parte de *The Siren*. Quiero que el propio Stuart Sorkin me lo confirme.

Wiseman bebió el *whisky*.

A pequeños sorbos.

—No entiendo mucho de producciones cinematográficas; pero de tener algún capital lo invertiría en la realización de esa segunda parte de *The Siren*. Siempre que se rueda en el Sydow Hotel de Miami.

—¿Se refiere a la publicidad que le proporciona los dos crímenes cometidos?

—¿No opina igual?

Jack Mitchell se pellizcó el lóbulo de la oreja izquierda. Entornó los ojos pensativo.

—Esos crímenes... Es algo extraño. Me parece recordarlos.

—¿Recordarlos?

—Sé que le parecerá absurdo; pero la forma de morir de esas dos infortunadas muchachas no me resulta desconocida. Me refiero al *modus operandi* del asesino. Los vespertinos de hoy amplían datos de la muerte de Kristen Squire. Muy semejante a la de Cheryl Frank.

—Cierto.

—Violación, un profundo corte en la yugular, el trazo en forma de serpiente dibujado en el vientre de las víctimas... Todo eso me resulta familiar.

—¿En qué sentido?

Mitchell se encogió de hombros.

Vació su vaso.

—No lo sé. Le he dado vueltas una y otra vez. Tengo una memoria prodigiosa; pero no consigo relacionar la muerte de esas muchachas con mi vago recuerdo.

—Tal vez fuera interesante.

—¿De veras? Dudo que... ¡Ah...! Ya han terminado. Es mi turno, Wiseman. Disculpe.

El periodista saltó del taburete.

Peggy Jane, en compañía de Stuart Sorkin, había cruzado la puerta vidriera procedente de la piscina. El productor se detuvo a su encuentro con Jack Mitchell. Tras intercambiar unas palabras se acomodaron en una apartada mesa del salón.

Peggy Jane, que cubría su escultural cuerpo con un albornoz,

siguió hasta recepción.

Ralph Wiseman fue tras ella.

Sorprendió los ojos de James Hartley fijos en el ondular de las caderas femeninas.

El recepcionista suspiró al verla desaparecer en uno de los elevadores.

—Es maravillosa... ¿Verdad, señor Wiseman?

El detective no replicó.

Arqueó las cejas al ver cómo el indicador del ascensor se había detenido señalando la cuarta planta.

Y Peggy Jane subió sola en el elevador.

—¿Por qué se ha detenido en el cuarto piso?

—Todos los ocupantes de la quinta planta han sido invitados a cambiar de habitación. Ordenes de la policía. Ninguno protestó. La quinta planta es ahora una sucursal del Departamento de Homicidios. A Peggy Jane le hemos asignado la habitación 407, el señor Sorkin en la 408, su sobrino en la 401 y el director Merrick en la 402.

—¿No queda nadie en la quinta planta?

—No. Bueno... Stephen Parks continúa en la 507. Es su vivienda. Dado que en contadas ocasiones sale de la habitación no resulta molestado por el deambular de la policía. Su mundo son aquellas cuatro paredes que él contempla desde su silla de ruedas, rodeado de libros, cuadros... Trasladar todo su equipaje nos hubiera, llevado horas. Tampoco el señor Parks lo hubiera permitido. Ya se ha acostumbrado a esa habitación. Son dos años de estancia y...

—¿Llegó su secretaria?

Hartley agrandó los ojos.

—Su secretaria murió hace unas semanas. En un lamentable accidente de tráfico.

—Me refiero a la secretaria de Stephen Parks.

—De esa misma le estoy hablando.

—Oiga, Hartley. Ayer mismo conversé con ella. Incluso la acompañé hasta la habitación de Stephen Parks para que retirase unos manuscritos. Es una mujer joven y...

—¡Ah...! Margaret Caans —rió el recepcionista—. Al mencionarme la secretaria de Stephen Parks la relacioné de

inmediato con la señora Harrison. La que murió en el accidente. Llevaba muchos años al cuidado del señor Parks. Secretaria, enfermera, cuidadora... Su muerte afectó mucho al señor Parks. Puso un anuncio en los periódicos de Miami solicitando mecanógrafa por horas. Acudieron muchas candidatas. Seleccionó a Margaret Caans. Ahora está arriba. Aporreando como de costumbre la máquina de escribir. La mayoría de las veces almuerza en el hotel.

Wiseman encendió un cigarrillo.

—¿Marchó la señora Curtis?

—No. Fue imposible conseguir plaza para Nueva York. Está en la lista de reservas hasta que se produzca vacante.

—¿Qué habitación?

—La 406.

Ralph Wiseman se alejó de la sala de recepción. Al pasar frente al salón social vio cómo Richard Sorkin se unía a la entrevista que su tío realizaba con Jack Mitchell.

El detective esperó uno de los elevadores.

Se encontraba cansado.

Llevaba dos noches demasiado agitadas.

Tensas.

La bella Jennifer Curtis le serviría de *relax*.

Peggy Jane penetró en la habitación cerrando tras de sí. Con llave. Añadiendo el pasador de seguridad.

Sí.

Tenía miedo.

No compartía el entusiasmo de Stuart Sorkin por los asesinatos que se cometían en el Sydow Hotel. Por muy buena que fuera la publicidad.

Pasó al dormitorio.

El mágico atardecer de Miami aún permitía que una rojiza claridad se filtrara a través del cortinaje del ventanal. La brisa que llegaba por el abierto marco no amortiguaba el sofocante calor reinante.

Peggy Jane se despojó del albornoz.

Se disponía a ir al contiguo cuarto de baño cuando súbitamente escuchó aquel sonido.

Muy tenue.

Como el respirar de una fiera herida.

Se fue haciendo más audible.

Un siniestro y ronco jadear que hizo retroceder a la muchacha.

Parecía proceder del cuarto de aseo.

Peggy Jane continuó retrocediendo.

Lentamente.

Presa del terror.

Llegó ante la mesa de noche apoderándose del teléfono. Golpeó una y otra vez la tecla del soporte.

—¡Oiga...! ¡Oiga...!

La joven palideció al comprobar que el cordón telefónico había sido cortado.

Y cuando se disponía a gritar surgió aquella sombra a su espalda. Taponando brutalmente la boca femenina e impulsándola hacia atrás.

Peggy Jane cayó sobre el lecho.

Pudo ver a su atacante.

Un individuo de demoníacas facciones. Con los ojos totalmente en blanco. Respirando entrecortadamente. La boca entreabierta. El hilillo de baba que surcaba su barbilla goteó a Peggy Jane.

El bello rostro de la muchacha, la diosa del sex-appeal, se desencajó en una mueca de terror.

La zurda del hombre siguió taponando su boca.

En su mano derecha brilló aquel extraño cuchillo.

Un puñal de larga y curva hoja. Con mango adornado de llamativas piedras multicolores. Muy brillantes.

El asesino rió con satánica carcajada al posar la cortante hoja sobre el liso vientre de Peggy Jane y dibujar un trazo sanguinolento.

Una serpenteante línea.

Peggy Jane perdió el conocimiento.

Ya no despertaría jamás.

CAPÍTULO IX

Las habitaciones disponían de un balcón-terraza. Allí se podía disfrutar de las caricias del sol cuando la playa o piscina aparecían demasiado concurridas.

Los rayos del sol, rojizos y casi horizontales, habían perdido fuerza.

Pero Jennifer continuaba entrelazando con sus desnudos brazos el cuello de Wiseman. Ofreciendo por enésima vez sus devoradores labios.

—Sabía que volverías, Ralph... Te esperaba impaciente, amor...

Wiseman besó con pasión los carnosos labios femeninos.

Jennifer le rechazó.

Con poca convicción.

—Ralph... pueden vernos...

La muchacha se incorporó.

—Entremos, Ralph. Prepara un par de combinados. Muy fuertes.

Jennifer pasó a la estancia.

El detective quedó en el balcón. Junto a la tumbona. Alargó su diestra hacia la chaqueta, pero interrumpió el ademán al recordar que había terminado sus cigarrillos. Sobre la baja mesa descubrió la cajetilla «Eve» perteneciente a Jennifer.

Con una mueca de resignación encendió uno de aquellos largos emboquillados.

El carro-bar estaba próximo a la mesa. Conteniendo botellas de *whisky*, *brandy*, ginebra, cola, recipiente de hielo...

Ralph Wiseman sopesó la botella de ginebra.

Se disponía a coger uno de los vasos cuando un ruido a su espalda le hizo girar.

Fijó su mirada en el balcón contiguo.

Perteneciente a otra habitación.

Separada unas cuatro yardas.

No había nadie en el balcón, aunque la puerta corredera de paso al dormitorio aparecía franqueada.

El ruido que sobresaltara a Ralph Wiseman, un golpe metálico contra el cristal, no volvió a producirse.

Tal vez alguien había estado espiando su escena amorosa con Jennifer.

Aquel balcón correspondía a la habitación 407.

La asignada recientemente a Peggy Jane.

Las facciones de Wiseman se endurecieron. Fue todo en fracción de segundos. Soltó la botella de ginebra para apoderarse de la chaqueta.

Como una exhalación atravesó la estancia.

Ante la perpleja mirada de Jennifer que le esperaba.

—¡Ralph...! ¡Ralph...!

Wiseman hizo caso omiso a la llamada de la mujer.

Salió al corredor.

La puerta señalizada con el número 407 estaba entreabierta.

El detective, aun a riesgo de cometer una incorrección, no dudó. Incluso llevó su diestra al costado izquierdo para apoderarse del revólver del 38 acoplado bajo el cinturón. Se adentró en la antesala.

Desde allí era visible parte del dormitorio.

Peggy Jane yacía sobre el lecho. Con los brazos en cruz. La cabeza le colgaba rozando su sedoso cabello la alfombra. Del salvaje tajo en la garganta aún manaba la sangre a borbotones. Goteando hasta formar un viscoso y bermejo líquido.

Ralph Wiseman, con gran esfuerzo, se sobrepuso a la espeluznante escena...

Ahora importaba cazar al asesino.

Tenía que estar cerca.

Pasó al abierto balcón. Y de allí al cuarto de baño para acto seguido retomar velozmente al pasillo.

De los cuatro elevadores principales, dos de ellos indicaban estar situados en la planta baja. Los otros dos subían en ese instante.

Imposible que el asesino hubiera huido en uno de ellos.

Los dos montacargas también en la planta baja.

Ralph Wiseman corrió hacia la escalera de servicio. A grandes zancadas, de dos en dos peldaños, subió a la planta superior.

El corredor del quinto piso estaba desierto.

Al fondo, en el salón social, descubrió al sargento Mulligan junto con dos agentes. Conversaban animadamente con Margaret Caans.

—¡Mulligan!

—¿Qué ocurre, Ralph? —inquirió el policía, incorporándose con rapidez.

—Los agentes de la planta baja... ¡Qué cubran de inmediato todas las salidas! ¡Nadie debe abandonar el hotel!

—¿Qué diablos...?

—Peggy Jane ha sido asesinada.

El sargento Mulligan, veterano en el Departamento de Homicidios, reaccionó con prontitud precipitándose sobre uno de los teléfonos.

Los otros dos policías de paisano abandonaron el salón.

Seguidos de Wiseman.

En dirección a la *suite* de Peggy Jane.

Ralph Wiseman se enfrentó de nuevo con el macabro espectáculo.

El cuerpo de Peggy, Jane, la reina *sexy* de Hollywood, monstruosamente bañado en sangre. Su rostro, sus sensuales facciones, ahora desencajadas por una indescriptible mueca de terror.

A los quince minutos apareció el teniente Waterson.

Con varios hombres más.

Los de dactiloscopia, el forense, el fotógrafo oficial...

El rostro de Waterson semejaba una máscara de cera.

Escuchó atentamente la narración de Wiseman.

—¿Insinúas que el asesino intentó escapar por el halcón?

—Sólo me sorprendió un ruido contra el cristal. Puede que intentara salir y, al verme, retrocedió.

—¿Salir a qué, Ralph? ¿A contemplar el atardecer? Acababa de cometer un crimen. Lo lógico era escapar cuanto antes. La separación entre cada ventanal es de unas cuatro yardas. ¿Nos enfrentamos al Hombre-Araña? ¿A *Superman*?

—¡Maldita sea, Scott...! ¿Qué puedo responder? ¡No lo sé!

Waterson mesó nerviosamente su cabello.

—Disculpa, muchacho... Ahora le cazaremos. El asesino está aquí. En el Sydow Hotel. No ha tenido tiempo de escapar. El cuerpo de Peggy Jane está aún caliente... Le cazaremos... Pagará con

creces...

—¿Por dónde pudo huir? No le di tiempo, Scott. Estoy seguro de que no utilizó ninguno de los elevadores.

—La quinta planta queda descartada. Allí estaban mis hombres y el único ocupante es Stephen Parks. Pudo bajar al tercer piso... o subir al sexto sin que mis hombres lo advirtieran. Nadie va a abandonar el hotel, Ralph. Registraremos hasta el último rincón. El arma homicida, ese demoníaco cuchillo turco, debe aparecer. Movilizaré todo el Departamento.

—Teniente...

Waterson giró hacia uno de sus hombres.

—¿Sí, Donald?

—Ahí fuera espera Stuart Sorkin.

—Hazle pasar.

Stuart Sorkin penetró acompañado de su sobrino Richard.

A tiempo de ver cómo funcionaba el *flash* iluminando fugaz el ensangrentado cuerpo de Peggy Jane.

—Dios mío... —murmuró el viejo Sorkin casi sin voz. Pálido. Contemplando horrorizado el cadáver.

—¿Dónde estaban ustedes?

—En el salón de la planta baja —respondió Richard Sorkin, ante la incapacidad manifiesta de su tío—. Con un periodista. Terminada la entrevista fuimos al *snack*. En espera de... de Peggy. Subió a cambiarse de ropa. Acababa de realizar un reportaje gráfico en la piscina.

Ralph Wiseman salió de allí.

Lentamente.

Necesitaba dejar aquel escenario.

Los elevadores estaban bloqueados por la policía. Infinidad de agentes en cada una de las plantas. Controlando que los clientes permanecieran en sus habitaciones. Los gritos, exclamaciones y protestas eran cortados rudamente por la policía.

En recepción el desorden era aún mayor.

Los clientes se agrupaban sobre el mostrador vociferando.

Ralph Wiseman llegó hasta el *snack* solicitando un *whisky* doble. Lo vació de un solo golpe.

Vio aproximarse a Jack Mitchell.

—¿Es cierto, Wiseman? ¿Han matado a Peggy Jane?

—¿Tiene un cigarrillo?

—¿Cómo...? Ah, sí, desde luego...

El periodista le tendió una cajetilla de «Winston».

—Sí, Mitchell.

—Es horrible. ¿Qué infiernos ocurre en el Sydow Hotel? ¿Qué móvil impulsa al asesino?

—Estamos tras un psicópata. Un sádico asesino.

—¿El mismo ritual?

—Sí. El trazo sanguinolento en el vientre, la yugular seccionada, el cuchillo turco...

—¿Cuchillo turco?

—El arma homicida es un puñal turco. De larga y curvada hoja.

El rostro de Mitchell se iluminó.

Golpeó el mostrador con el puño derecho.

—¡Ya está...! ¡Sí, diablos! ¡Ahora lo recuerdo! Le advertí que tenía una memoria prodigiosa. *La venganza de Snake*. Ése era el título de la película.

Wiseman arqueó las cejas.

—¿De qué está hablando?

—Antes le mencioné que me resultaba familiar el *modus operandi* del asesino. Pues bien, Wiseman. En *La venganza de Snake*, un filme mediocre realizado en la década de 1950, el personaje principal violaba a sus víctimas, les rebanaba el cuello y dibujaba una serpiente en el vientre. Utilizaba un cuchillo turco. No recuerdo el nombre del actor. Hacía el papel de un hombre ciego. Con unas lentillas que le ponían los ojos en blanco. Un asmático. Un esquizofrénico que babeaba sobre sus bellas víctimas. El filme ni tan siquiera llegó a estrenarse. La productora fue embargada. Quedó grabado en mi memoria ya que el director era un buen amigo mío. Me invitó al pase privado del filme. Tampoco a él le pagaron y...

—Oiga, Mitchell... ¿Está seguro de todo eso?

—Por supuesto. Resulta curiosa la coincidencia, ¿verdad?

Wiseman esbozó una fría sonrisa.

—Sospecho algo más que una coincidencia. ¿Podría ampliar datos? El nombre del actor, la productora, el guionista...

—El *Black Screen* dispone del más completo archivo del mundo del cine.

—Iré con usted.

—No permiten que nadie salga del hotel, Wiseman.

Los ojos del detective adquirieron un extraño brillo.

—El teniente Waterson hará una excepción con nosotros, Mitchell. Le vamos a entregar al asesino en bandeja.

CAPÍTULO X

Por primera vez en su historia el *night-club* del Sydow Hotel había cerrado sus puertas. Los salones sociales y sus correspondientes *snacks* desiertos. La alegre y bulliciosa piscina en silencio.

En el Sydow Hotel se vivía psicosis de terror.

Durante aquel largo y penoso día ni una sola inscripción se había efectuado. Ninguna entrada. El establecimiento empezaba a adquirir fama de maldito.

Ya era de noche.

Ralph Wiseman atravesó la vacía sala de recepción.

Con un cigarrillo humeando en los labios.

El silencio en el hotel era absoluto. Los clientes, los que no habían logrado salir, permanecían recluidos en sus habitaciones.

Wiseman se introdujo en uno de los elevadores.

Esbozó una sonrisa al reconocer al ascensorista.

Bill Stewart. Treinta y dos años de edad. Asignado al Departamento de Homicidios de Miami.

—¿Cómo va eso, Billy?

—Aburrido.

—Esperemos que siga así.

Wiseman abandonó la cabina al llegar a la quinta planta.

Dos policías controlaban la escalera principal. Dos más en la de servicio. Y una tercera pareja deambulando de extremo a extremo del largo corredor.

Las mismas medidas de seguridad en todos los pisos.

Ralph Wiseman se detuvo frente a la puerta número 507. Golpeó la hoja de madera haciendo caso omiso a la indicación de «No molestar» que colgaba del pomo.

Tras unos segundos de espera volvió a repetir la llamada.

La puerta se entreabrió.

Asonando la bella Margaret Caans. Con un juvenil vestido camisero. Verde. Con botonadura delantera. Adornado con bolsillos de parche con chaboleta.

—Ralph... ¿Ocurre algo?

Wiseman sonrió empujando la hoja de madera.

La joven se vio obligada a retroceder.

—Hola, nena. ¿No es muy tarde ya? Trabajas demasiado.
¿Dónde está el señor Parks?

—Pasó al dormitorio a tomar unas píldoras.

Ralph Wiseman se dejó caer en uno de los sillones de la antesala. Extrajo la cajetilla de tabaco depositándola sobre la mesa a la vez que contemplaba con indiferencia la máquina de escribir eléctrica y los amontonados folios.

—Quiero hablar con él.

—No desea ser molestado, Ralph. Estamos trabajando y...

—Será muy breve.

Margaret se situó tras la máquina de escribir colocando un folio en el rodillo.

—Puede que tengas que esperar. Esas píldoras son algo sedantes. El señor Parks acostumbra reposar unos minutos. ¿Por qué no regresas dentro de... una hora?

Wiseman se incorporó.

Con rapidez, sin que Margaret lograra impedirlo, abrió la puerta que conducía al dormitorio.

La silla de ruedas en el centro de la estancia.

Vacía.

—¿Dónde está, Margaret?

La muchacha palideció.

Incapaz de reaccionar.

—Yo... yo... no sé...

—No es momento de embustes, Margaret. La farsa ha terminado.
¿Dónde está Albert Kirby?

—Ignoro de quién hablas. ¿Te has vuelto loco? Yo no...

Wiseman proyectó su zurda.

El trallazo hizo oscilar la cabeza de Margaret.

—¡Hablo de Albert Kirby! ¡El actor que suplantó a Stephen Parks! Albert Kirby, actor fracasado en la década de 1850, acróbata en espectáculos de circo e internado en un centro psiquiátrico hasta

hace sólo unos meses. El actor principal de *La venganza de Snake*. En el papel de un asesino que violaba a sus víctimas, degollándolas y dibujando una serpiente en sus vientres. Utilizaba lentillas para que sus ojos simularan los de un hombre ciego, jadeaba como un asmático... ¿Quieres más detalles de Albert Kirby, víbora?

—No, Wiseman —dijo súbitamente una voz a espaldas del detective—. Son suficientes.

Ralph Wiseman giró.

Lentamente.

Se enfrentó con Richard Sorkin. Empuñaba una «Super-Star» con un tubo silenciador acoplado al cañón.

—¡Richard...! ¿Qué vamos a hacer? ¡Nos han descubierto!

—Tranquilízate, Margaret —ordenó Richard Sorkin fríamente—. Sólo nos ha descubierto este maldito entrometido. Cerraremos su boca y solucionado.

—Te equivocas, Richard. También está al corriente el teniente Waterson.

—¿De veras? ¿Y por qué no ha acudido con todos sus hombres? No, Wiseman. No lograrás engañarme. Necesitas pruebas antes de comentar tu descabellada hipótesis. Nadie te daría crédito. ¿Cómo sospechar de un pobre paralítico de sesenta años?

—Es más que una hipótesis, Richard. Conozco toda la verdad. Tu plan era perfecto. Perfecto y diabólico. Con el único error de matar a las víctimas siguiendo los moldes de una vieja película que, aunque jamás fue estrenada, alguien la relacionó con los crímenes del Sydown Hotel. Se me comunicó el nombre del actor. Albert Kirby. Un oscuro actor internado en un centro psiquiátrico de San Francisco. Tú acudiste a recogerle el día de su salida. Hace un par de meses. Ya habías madurado el plan. Albert Kirby, convenientemente caracterizado, ocuparía el lugar de Stephen Parks. Para ello era necesario que la secretaria de Parks sufriera un... accidente. La señora Harrison se percataría de inmediato de la suplantación. ¿Qué fue del verdadero Stephen Parks?

Richard Sorkin sonrió.

Con cinismo.

—El mismo día de la muerte de su secretaria salía del Sydown Hotel en un descomunal baúl.

—Y Albert Kirby quedó aquí. Desempeñando su papel.

—Correcto. En espera de nuestra llegada. Sigue, Wiseman. Lo estás haciendo muy bien.

—La muerte de Cheryl Frank, su horrible forma de morir, nos sorprendió. Un loco sádico. Ésa era la primera impresión que teníamos del asesino. Al igual que la infortunada Kristen Squire. Y Peggy Jane... Ella era la principal víctima. Su muerte, arropada por las restantes, no despertaría sospechas.

—¿Qué sospechas, Wiseman? ¿Cómo desear la muerte de mi primera *star*?

—Por los cinco millones de la póliza del seguro —replicó el detective con dura voz—. Hace pocas horas me llegó esa información. Ahora todo tenía explicación. Las piezas del diabólico rompecabezas encajaban. Tu tío confiaba ciegamente en el éxito de la segunda parte de *The Siren* no dudando en empeñarse y...

—Mi tío es un viejo estúpido. *The Siren* no fue un gran éxito y su segunda parte sería un fracaso. Convencí a mi tío para que asegurara la vida de Peggy Jane en una cuantiosa suma. Lógico en una estrella exclusiva y con una superproducción de por medio. Con esos cinco millones del seguro tengo grandes proyectos, Wiseman. Pronto figuraré como máximo responsable de la Sorkin Films, Mi tío ya está caduco. Yo lanzaré a una nueva estrella.

—Margaret Caans.

—Otro acierto, Wiseman. Sí. Ella será la *star* de la Sorkin Films.

Ralph Wiseman dirigió una despectiva mirada a la muchacha.

—No me resulta difícil comprender que la mente de Albert Kirby, enfermiza y confusa, haya aceptado tan monstruoso plan; pero tú eres inteligente, Margaret Joven. Hermosa.

—De nada me sirve eso para triunfar. Amo a Richard. Por él soy capaz de todo.

—Sí... Lo has demostrado con creces.

Richard Sorkin, sin dejar de encañonar al detective, se aproximó sonriente a la muchacha.

—La ayuda de Margaret ha sido muy valiosa. Albert, gran atleta, puede saltar ágilmente de balcón en balcón; pero para salir de la habitación de Peggy tuvo dificultades. Tú estabas en el ventanal contiguo. Albert tuvo que escapar por la escalera de servicio. Margaret, afortunadamente, entretenía a los policías de la quinta planta.

Igual hizo cuando lo de Kristen Squire. También Margaret supervisaba el maquillaje de Albert.

—Tú seleccionabas las víctimas, ¿no?

—En efecto. Escuché la conversación entre Cheryl Frank y John Keaton. Albert Kirby desempeñó a la perfección su papel de asesino. Como si realizara nuevamente *La venganza de Snake*. No dejó huella alguna. Incluso se llevó el vestido y la nota escrita por Keaton. Lo de Kristen aún resultó más sencillo. Albert dispone de un buen juego de llaves. Está muy entusiasmado con su... papel.

—Debí dejarle en la playa —murmuró Margaret con los ojos llameantes de odio.

—No te culpes, querida —rió Sorkin—. Apuesto a que Wiseman prefiere una muerte más acorde con su personalidad. Una bala entre los ojos. Luego el baúl y, cuando llegue la oportunidad, saldrá del hotel. Seguirá el mismo camino que Stephen Parks. El triturador de basuras de Miami. Es fácil hacer desaparecer allí un cadáver. Nadie sospechará. Estamos al margen de los crímenes del Sydow Hotel. Para cada uno de ellos dispongo de perfecta coartada. Nadie sospechará tampoco de... Stephen Parks. Pasado cierto tiempo, el ilustre escritor decidirá cambiar de residencia. Por supuesto que, en ese instante, desaparecerá también Albert Kirby. Te doy la razón, Wiseman. Su mente enfermiza no es de fiar. Aunque ahora cumple fielmente mis instrucciones.

—¿Dónde está?

Sorkin agrandó los ojos.

Sonriente.

—¿No lo sospechas? Te creía más sagaz, Wiseman. Interrumpir los asesinatos con la muerte de Peggy Jane resultaría sospechoso. Debe haber una víctima más. Luego el caso quedará archivado como el de un psicópata que la policía no logró descubrir. El utilizar los métodos de *La venganza de Snake* era un riesgo mínimo. La película nunca fue estrenada. Ignoro cómo has logrado averiguarlo. Lo cierto es que Albert Kirby se encaprichó de ese *modus operandi*. Era bueno para dar a los crímenes una sensación de absurdo, de ritual, de psicopatía...

—¿Dónde está Albert? —insistió Wiseman.

—Salió por el balcón segundos antes de que tú llegaras. También yo he utilizado ese medio para entrar aquí; aunque con menos

agilidad que Albert. Él no necesita una escalera de cuerdas. Albert estará ahora en la habitación de tu amiga Jennifer Curtis.

Las facciones de Wiseman se endurecieron.

—Pagarás tus crímenes, Richard...

—Lo dudo. Mi plan es demasiado perfecto. Se me ocurrió al leer un artículo relacionado con Stephen Parks. El paralítico que habitaba en una habitación, del Sydown Hotel de Miami. Yo sugerí este hotel para el proyectado rodaje. Sí... Un magnífico plan.

—Lo era. Ahora tenemos abundantes pruebas. La policía ya podrá intervenir sin temor a equivocarse. Ciertamente mi hipótesis resultaba absurda. Un actor asesino suplantando al ilustre Stephen Parks. Reconozco que la caracterización fue perfecta; pero no podía salir bien. Demasiado monstruoso. Diabólico. Has fracasado, Richard.

—¿Qué quieres decir?

—Esa cajetilla de tabaco es un transmisor. La policía ya habrá detenido a Albert Kirby y...

—¡Mientes...!

Margaret se había precipitado hacia la cajetilla de tabaco depositada sobre la mesa.

La soltó como si quemara.

—¡Es cierto, Richard...! ¡Estamos perdidos!

—¡Maldito!

Richard Sorkin, ciego de ira, accionó el gatillo de la «Super-Star».

El detective esperaba aquella reacción.

Se arrojó al suelo esquivando el mortífero plomo. No le dio ocasión a rectificar. Su diestra se apoderó veloz del revólver.

Ralph Wiseman apretó el disparador.

Una y otra vez.

Hasta vaciar el cargador.

Todos los proyectiles en la cabeza de Richard Sorkin.

Wiseman aún continuaba apretando el gatillo cuando el teniente Waterson hizo su entrada acompañado de varios agentes.

EPÍLOGO

Scott Waterson no salía de su asombro.

—¿No me has oído, Ralph? ¡Veinticinco mil dólares! ¡Un cheque de veinticinco mil dólares para los huérfanos de la policía de Miami!

Wiseman saboreó el *whisky*.

—Jennifer siempre fue muy generosa.

—Te está esperando. Quiere despedirse de ti. Ralph...

—¿Sí?

—Jennifer tal vez trate de convencerte, pero no debes abandonar Miami. El comisionado quiere hacerte algunas preguntas relacionadas con la muerte de Richard Sorkin. Asegura que no había necesidad de vaciar el cargador en su cabeza. Una sola bala era suficiente.

—El gatillo quedó enganchado.

—Sí. Eso le he dicho yo. No creo que tengas dificultades para continuar ejerciendo en Florida.

Wiseman sonrió.

—Dejo este empleo a final de mes, Scott. No me gusta ser detective de hotel. Demasiado agitado.

—¿Dónde irás?

—Texas, Nevada, Colorado... Aún quedan muchos lugares donde puedo ejercer.

—No te faltará trabajo, muchacho. Tu nombre se ha hecho popular. Todo el éxito es tuyo. Reconozco que seguí el juego a regañadientes. Sin dar crédito a semejante historia. Los accionistas del Sydow Hotel piensan ofrecerte una buena gratificación. El hotel ha vuelto a la normalidad. También Stuart Sorkin te está agradecido. Hubiera sido penoso ver juzgar y condenar a su sobrino por tan monstruoso plan. El pobre hombre está abatido. Increíble por todo lo ocurrido. Albert Kirby ha sido internado de nuevo en un

centro psiquiátrico y Margaret Caans pagará por...

—Por favor, Scott. Quiero olvidar toda esta macabra historia.

—Lo comprendo, pero no olvides que deberás pasar por el departamento para...

El teniente fue interrumpido nuevamente.

—Okay, Scott. Paga mi *whisky*, ¿eh?

Ralph Wiseman pasó a la sala de recepción.

Allí ya le esperaba Jennifer.

Freddy, readmitido a instancias del detective, le llevaba el equipaje al taxi.

—Ralph...

—Adiós, Jennifer.

—Nos volveremos a ver algún día, ¿verdad?

—Seguro. Si voy a Nueva York, mi primera visita será para ti.

La muchacha le besó fugazmente en los labios.

—Jamás te olvidaré, Ralph.

—Tampoco yo.

Jennifer se alejó hacia la salida.

Ralph Wiseman encendió un cigarrillo.

Abandonó la concurrida sala de recepción.

Encaminó sus pasos hacia el *snack* de la piscina acomodándose en uno de los taburetes.

Un nuevo *whisky*.

La indiferencia de Wiseman desapareció al ver pasar junto a él, en dirección a la piscina, una muchacha de unos veinte años de edad. Con un *bikini* que cortaba la respiración. El pelo de la joven, rubio como el fuego, rivalizó con los dorados rayos de sol. Su rostro era de extraordinaria belleza. Sus ojos, verdes y rasgados, se cruzaron con los de Wiseman.

—Judith Karlson, veintidós años, de Houston Texas.

Llegó esta mañana acompañada de sus padres. Habitación 212. Permanecerá en el hotel hasta final de mes.

Wiseman giró.

Freddy, que le había susurrado toda aquella información, le sonreía maliciosamente.

—Eres de la piel del diablo, Freddy.

—Me halaga, señor Wiseman.

Ralph Wiseman, con el vaso de *whisky* en la mano derecha, pasó

a la piscina. Houston.

Sí...

¿Por qué no Texas?

La muchacha estaba en una de las mesas.

Wiseman se aproximó.

Con la mejor de sus sonrisas.

—Hola, Judith...

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

